
Quiero
un hijo
Corin
Lectulandia

Aquel verano llovía poco (cosa rara en Gijón) y el calor regularmente se mantenía por encima de los veinte grados, lo que tampoco era frecuente. El termómetro situado en el Muro, ante la preciosa playa de San Lorenzo, a ciertas horas del día, incluso, cosa insólita, marcaba veinticinco grados, lo que hacía que los veraneantes (abundantes en el mes de agosto en la preciosa ciudad costera de Asturias) se pasaran el día entero en la playa, o en cualquier cala cercana de la costa, dado que en los alrededores de Gijón existen abundantes playitas bordeadas de acantilados en lugares de verdadero ensueño.

Pero pese a todo esto y al calor que apretaba, Chana y Belén Vilar no se hallaban ni en la playa de San Lorenzo ni en La Ñora o la playa España, pongo por caso.

Era sábado y ninguna de ambas hermanas trabajaba aquella tarde, por lo que se habían citado en la cafetería Auseva, ubicada en la plaza de Begoña, a las once en punto de la mañana.

Corín Tellado

Quiero un hijo

ePub r1.0
Titivillus 18.04.2021

Título original: *Quiero un hijo*
Corín Tellado, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Es fácil conocer a dos esposos; por su cortedad cuando se encuentran, o por la satisfacción que experimentan cuando se pierden de vista.

ANÓNIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel verano llovía poco (cosa rara en Gijón) y el calor regularmente se mantenía por encima de los veinte grados, lo que tampoco era frecuente. El termómetro situado en el Muro, ante la preciosa playa de San Lorenzo, a ciertas horas del día, incluso, cosa insólita, marcaba veinticinco grados, lo que hacía que los veraneantes (abundantes en el mes de agosto en la preciosa ciudad costera de Asturias) se pasaran el día entero en la playa, o en cualquier cala cercana de la costa, dado que en los alrededores de Gijón existen abundantes playitas bordeadas de acantilados en lugares de verdadero ensueño.

Pero pese a todo esto y al calor que apretaba, Chana y Belén Vilar no se hallaban ni en la playa de San Lorenzo ni en La Ñora o la playa España, pongo por caso.

Era sábado y ninguna de ambas hermanas trabajaba aquella tarde, por lo que se habían citado en la cafetería Auseva, ubicada en la plaza de Begoña, a las once en punto de la mañana.

La primera en llegar fue Belén. Una joven de pelo castaño, de unos veintiséis años, de grandes ojos azules y una personalidad aunque silenciosa, nada frecuente en una chica de su edad. Se situó en una esquina ante el ventanal que ofrecía toda la panorámica del paseo de Begoña y desde el cual podía perfectamente ver llegar a su hermana.

Chana no solía ser tardona, por lo que Belén esperaba impaciente que su hermana apareciera, pues ignoraba aún por qué la noche anterior la había llamado con tanto interés y citado con tanta premura.

Los aparcamientos a ambos lados de la plaza o el paseo no dejaban hueco alguno, lo que tampoco dejaba de extrañar a Belén, dado que suponía a la gente en la playa y lo lógico es que los autos no ocuparan aquel lugar; sin embargo, y teniendo en cuenta cómo se llena Gijón de turistas en el mes de agosto, era de esperar que los automóviles se dejaran en cualquier esquina, dado que la ciudad no abundaba en *parkings* subterráneos.

Tampoco esperaba que Chana llegara en auto. Las distancias eran cortas y su hermana vivía en la calle Corrida, justo dos pisos encima del comercio Simago y a dos portales del hotel Castilla.

Ella, en cambio, vivía en el mismo Muro, enfrente de la playa, en un pequeño apartamento de cuatro huecos, suficiente y más para ella sola.

Como médico ginecólogo, en las mañanas hacía su servicio en la Residencia de Cabueñes perteneciente a la Seguridad Social y en las tardes trabajaba con dos compañeras en una clínica que habían montado entre las tres y que se ubicaba en la calle Asturias, una calle muy comercial y frecuentemente concurrida todo el día.

En aquel momento vio aparecer a Chana a la altura de Fernández Vallín, abordando ya el paseo de Begoña y se fijó en su caminar presuroso, en su expresión de desencanto, así como en sus pantalones blancos de pinzas, sus sandalias rojas y su camisa de flores, sencilla, de manga corta. Al hombro colgaba una bolsa de baño de lona, de colores chillones.

Rubia natural, con abundante cabello que en aquel instante ataba como al descuido en forma de cola de caballo, los ojos verdes, su cuerpo bastante alto, muy esbelto y de líneas armoniosas, se acercaba por la acera lateral y viendo a Belén, la saludaba con la mano.

Belén también tenía, junto a la butaca en la cual se hallaba sentada, su bolsa de paja, con bikini, toalla y los consabidos aceites bronceadores, pues una vez tomara el café con su hermana pensaba irse a su caseta situada a la altura de la escalera doce y pasarse el día tendida al sol, ya que disponía de poco tiempo para tales goces personales.

Viendo acercarse a Chana pensaba que seguramente su hermana la acompañaría, ya que parecía venir preparada para un día de playa y sol.

—Hola —saludó Chana colgando la bolsa en el respaldo de la butaca y sentándose seguidamente enfrente de Belén—. Me he retrasado.

—Ni que tuvieras una docena de hijos —rio Belén.

Chana hizo un gesto vago.

—Joaquín deja todo hecho un desastre cuando sale a su trabajo y me da muchísima rabia que tenga que recoger la asistenta cosas íntimas de mi marido. Así que me pasé el tiempo que tardé en venir en ese vulgar menester.

—Por eso sigo soltera —rio Belén, divertida—. Me sentaría como cien patadas en el estómago perder el tiempo recogiendo lo de un marido machista que no se sabe arreglar solo.

—Oye, Belén, que Joaquín no es machista.

—Pues tú me dirás; si tú también trabajas, ¿por qué has de hacer de doncella de tu esposo?

—Él lo deja en su sitio cuando sabe que yo trabajo, pero en sábado, como yo no voy a la agencia…, ya entiendes.

—De acuerdo. ¿Qué tomas?

—Un café.

—Pues dos —y como pasaba el camarero, solicitó el servicio.

—No he fumado aún —añadía—. De modo que cuando me tome el café, el primer cigarrillo me sabe a gloria.

Chana fumaba ya y decía aspirando una calada:

—Cuando le di el café a Joaquín, me tomé otro.

—Además le haces el café y todo.

—Belén, no vengas con tus feminismos. Lo que tengo que decirte me parece grave.

—¿Sí?

—Entiendo que mucho.

* * *

El camarero les sirvió, pagó Belén y mientras tomaba el café a pequeños sorbos, ya encendía el cigarrillo.

—Veamos —muy sería—. Noto que, efectivamente, estás disgustada. ¿Pasa algo raro con Joaquín?

—Pasa con los dos.

Belén alzó su cara morena, de vivos e inteligentes ojos.

—¿Hace agua tu matrimonio?

—No. No se trata de eso.

—Tampoco me asombraría —apuntó Belén, un tanto despiadada a juicio de su hermana—. Nunca me agradó Joaquín demasiado.

—¡Belén!

—No me digas que te lo oculté.

—Yo le amo.

—Sin duda, pero a mí esa gente que en su día estuvo cargada de dinero, que no acepta bajar sus humos de gran señor, que además no tuvo el buen acuerdo de acabar carrera alguna y como refugio se coloca en un banco, cosa, la verdad, que hacen casi todos los que nunca llegan a nada concreto, y que encima le salen los prejuicios por todos los poros, me suelen repatear. —Y ante el disgusto de Chana, añadía, como si no apreciara aquel—: Es curioso.

Nosotras somos hijas de un practicante que se vio y se deseó para salir adelante, pero aquí nos tienes, yo médico, tú licenciada en Empresariales y conociendo ambas tres idiomas, y esos que se pasaban la vida en los clubs privados hace diez años, ahora apechugando en un banco y sirviendo a todo el mundo.

—Belén, eres una resentida.

—¿Porque digo verdades?

—Nunca entenderé por qué siendo como eres, no te fuiste a establecer a Madrid.

—Porque no me da la santa gana. Porque me encanta poder pasar por las narices un título que gané en buena lid y que no me perdonan los que hace diez años no me permitían la entrada en sus clubs privados.

—Mira que eres…

—Bueno, al grano. Soy médico y como tal he de demostrar mi humanidad. Veamos qué te ocurre.

—Mi esterilidad.

—¿Qué? —y Belén casi dio un salto.

—Soy estéril y yo amo a Joaquín.

—¿Y qué que ames a tu marido para que tengas que ser estéril? No te entiendo, Chana. Y no me vengas ahora en que te has dejado explorar por un compañero cuando tienes una hermana especializada en la materia que tú mencionas.

—No. No hice exploraciones, pero tampoco evito los hijos, hace dos años que me casé y… sigo igual.

—Bueno, tampoco eso es como para mencionar una hipotética esterilidad.

—Joaquín se muere por los críos. Yo quisiera ser madre.

Belén había terminado el cigarrillo y el café, y se apresuró a encender otro.

—Es decir, que Joaquín quiere niños, tú no los tienes y vuestro matrimonio empieza a tambalearse.

—No es eso. Tú siempre sacas las cosas de quicio, Belén. Joaquín jamás te fue simpático.

—Me tocó hacer el COU con él en los Jesuitas y nunca lo soporté por su pedantería. Él con cuatro años más que yo, y yo con sobresalientes y él con suspensos. Tú me dirás.

—Al margen de todo eso, yo te digo que mi problema me afecta a mí y también a Joaquín, pero a mí más que a él. Yo amo a Joaquín y mi marido me corresponde.

—No te lo voy a discutir —se alzó de hombros—, dejemos las rencillas a un lado y vayamos al grano. ¿Por qué sabes que eres estéril?

—Y qué me dices de los dos años casada sin tomar nada, ni evitarlos y no llegan.

—Lo mejor es que pases por la consulta y te hagamos una exploración a fondo. Después, ya será cosa de diagnosticar. Por supuesto que si no eres estéril, y se me antoja que no tienes por qué serlo, tendrá que pasar Joaquín a hacer su consabido reconocimiento.

—Pero… ¿Joaquín?

—¿Y por qué no? No pensarás que la esterilidad es patrimonio femenino exclusivamente.

—Con mayor cuantía.

—Te equivocas. Hay hombres estériles en abundancia, lo que ocurre es que no les gusta decirlo y rara vez son civilizados para someterse a estudios ginecológicos.

—Joaquín adora los críos, de modo que si compruebas que yo no soy, sé que no dudará en someterse él.

—Mucho ha cambiado. Porque cuando yo le conocí era el más cursi y pedante y además el más burro de toda la clase.

—¡Belén!

—Perdona. El tiempo cambia a las personas, las madura y les da los golpes correspondientes para que dejen a un lado los prejuicios.

—Pues parece que tú los tienes en contra de Joaquín.

Belén sonrió, dulcificando la mirada.

—No, no, Chana —y por encima de la mesa le asió los dedos—. No me hagas caso. Son rencillas de una época que ya ha pasado, que se disipan y que no vuelven. Si Joaquín te hace feliz, y parece que es así, yo lo acepto sin preámbulos. De modo que cuéntame tu problema y veremos de solucionarlo.

—No hay problema. Joaquín quiere un hijo, no lo dice así, a lo bestia, pero lo sé. Y se le van los ojos cuando ve críos por la calle.

—Y tú estás humillada porque no se los das.

—No estoy humillada, pero si dolida.

—Bueno, todo se arreglará. Ve mañana por la consulta. Cuando dejes la agencia, te vienes y allí estaremos esperándote.

—De momento, no le voy a decir nada a Joaquín.

—Pero si no eres estéril como supongo, tendrás que decirle que vaya él por la consulta. ¿Irá? ¿Estás segura?

—Sí. Joaquín es muy distinto al joven díscolo que tú has conocido.

—Nunca fue fiel —dijo Belén sin poderse contener.

—Pero a mí me lo es.

—Bueno, puede que haya cambiado —se levantó—. ¿Vienes hasta la playa? Te veo con la bolsa…

Chana también se levantó.

—Vamos. Joaquín quedó de ir a buscarme y llevar unos bocadillos a la salida del banco —salían ya del Auseva—. Oye, y no te pongas a discutir con él de política. El que tú seas tan socialista y él tan conservador, no os da derecho a estar todo el día como el perro y el gato. Lo normal ahora, que todo el mundo puede exponer sin rodeos sus ideologías, es que cada uno respete la del otro.

—Tranquila, Chana, tranquila. Pero permíteme decirte a ti que no entiendo la idea política de tu marido. Si aún quedara en su familia algo que conservar…, pero ¿qué le ha regalado la derecha? Trabajo, y un bajón de Bolsa que arruinó a su abuelo.

—Joaquín hace mucho que se adapta a la situación. Pero sus ideas siguen siendo las mismas y tú tienes el deber de respetarlas, como él respeta las tuyas.

—De acuerdo.

II

Fran Smith andaba paseando por el Muro cuando las vio llegar.

Ya conocía a Belén y le resultaba muy agradable. En cuanto a Chana, trabajaba con él en la agencia.

Se acercó a ellas presuroso.

—Eh, chicas.

Las dos se volvieron.

—Fran —sonrió Chana, amable y afectuosa—, si te contaba en Madrid.

—Tenía que haber ido, pero con este calor, retrasé el viaje para la semana próxima. Hola, Belén.

—Nos vamos a tender al sol. Si vienes.

Fran era un tipo alto, fuerte, de verdes ojos, de unos treinta años. Hijo de padre americano y madre española, y asturiana además, había nacido en Gijón, una vez que el americano vino a montar unas máquinas de la factoría de Veriña y se enamoró de una asturiana, quedando de ingeniero en la factoría y una vez casado con la asturiana, a los once meses nació el hijo.

Pero cuando Fran contaba dieciocho años, murió la madre y el padre decidió dejar la ciudad e irse a Madrid. Allí hizo Fran su carrera de abogado y allí empezó a trabajar en una agencia de viajes, en la cual llegó a director y después recibió el encargo de ir instalando filiales por toda España.

A la sazón se hallaba de director en la agencia donde Chana hacía las funciones de intérprete y relaciones públicas.

—No entiendo —le decía Belén, mientras cruzaban la playa hacia su caseta— cómo soportas vivir en una ciudad llena de prejuicios, siendo tú un tipo tan capitalero.

—¿Y tú? Porque no me digas que tú… siendo médico, libre y pudiendo medrar en Madrid o en Barcelona, te quedas donde naciste.

—Soy asturiana y me siento como tal. Pero tú, si bien asturiano, tu padre y tu mundo…

—No empieces ya a apostillar, Belén —le cortó Chana—, te pasas la vida renegando, pero sigues aquí. Y además, tan asturiana como tú, asturiano es

Fran.

—De padre americano.

Llegaban ante la caseta y empezaron a entrar por turno.

Belén salió dentro de un bikini y al rato Chana.

Después salió Fran con su taparrabos, su morenura y su corpulencia.

—Espero que a las dos y pico llegue Joaquín —dijo Fran, tirándose sobre su toalla.

—Y además nos traerá bocadillos y algo de bebida.

—Te invitamos a comer, Fran.

—Gracias, Chana. Es posible que acepte.

—Yo me voy al agua —dijo Belén y se marchó a paso ligero por entre el enjambre de gente que apenas si dejaba un hueco en la arena—. El calor este año resulta muy raro, pero a mí me encanta.

Chana y Fran quedaron tendidos uno junto al otro.

—Creo que mi cometido aquí ha terminado —decía Fran a media voz—. Todo marcha bien en la agencia y cuando vaya a Madrid, pediré retornar a la gran capital. En realidad tiene Belén un poco de razón. Cuando te has habituado a una gran capital, Gijón te resulta demasiado chico. Y es que además, todo el mundo te conoce y eso resulta algo molesto.

—Sentiré que marches, Fran. Contigo en la agencia da gusto vivir, porque nadie se altera y todos te respetan.

—Antes de irme, nombraré un buen director. Puede serlo Eduardo, ¿qué dices tú?

—Puede. No es mal chico y resulta muy ordenado, correcto y considerado.

—¿Fumas?

—Dame.

Y los dos fumaron.

—Todo esto me hace recordar cuando tenía quince, dieciséis y dos años más. Ha cambiado todo mucho. Joaquín y yo solíamos acodarnos en el Muro y mirar a los bañistas.

—Dirás, las…

—Bueno, si. Joaquín y yo fuimos grandes amigos durante muchos años. No entiendo cómo Joaquín no terminó la carrera.

—Las cosas se torcieron, la crisis se precipitó y como él iba moroso en los estudios, vista la ruina familiar, hubo de tomar una determinación. Después nos conocimos y nos casamos.

—Nunca pensé que Joaquín se casara.

—¿Y por qué no?

—Yo no tengo madera de casado y Joaquín tampoco la tenía. Pero la vida da muchas vueltas y la forma de pensar suele cambiarla la mujer —sonrió—. De todos modos me alegro de que se haya casado contigo… —Y con nostalgia, después de una pausa, añadía—: Han sido años preciosos, te lo aseguro. Cuando íbamos juntos a los jesuitas, Joaquín no era mal estudiante. Hicimos allí el bachiller…

—Pero tú te fuiste a Madrid, hiciste derecho y Joaquín en cambio tropezó el sexto y lo repitió tres veces y al fin llegó a COU y ahí se estancó. Fíjate que Belén, que es cuatro años más joven que él, lo alcanzó.

—Pero yo no conocí ni a Belén ni a ti.

—Claro, en aquella época tampoco yo conocía a Joaquín, de vista, sí, claro. ¿Quién no se conoce en esta ciudad? Y pienso que recuerdo vagamente haberte visto con él. En aquella época las chicas se os rifaban, pero yo lo sabía más bien por las mayores, ya que tenía seis años menos y si bien a cierta edad eso no se nota, a la edad temprana supone una diferencia abismal.

—Cuando falleció mi padre y hube de llevarlo a su tierra natal americana, como él me había pedido, pensé en retornar aquí, pero no pude. Mi cometido estaba ya decidido. Tenía acciones en la agencia y mi deber era expansionar el negocio. Creo haberlo hecho bastante bien. Y si te digo la verdad, me cuesta dejar Gijón. No obstante, mi destino es nuevamente Madrid.

Belén retornaba y ahora se iba Fran corriendo por entre el gentío que poblaba la playa.

—Un gran chico —ponderaba Belén, entretanto se secaba el cabello con una toalla que sacó de la caseta—. Y Joaquín lo estima de veras.

—Fueron íntimos amigos, inseparables amigos y volver a verse después de tanto tiempo, siempre resulta agradable.

—El agua está estupenda, Chana. ¿No te tiras? Ah, oye, antes de que venga Fran o Joaquín. No te olvides que mañana te esperamos en la clínica.

—Será pasado. Mañana es domingo.

—Caramba, es cierto. Mañana me voy a la de Verdicio con las amigas. Estaremos de playa y campo todo el día. ¿Qué harás tú?

—No lo sé. Joaquín los domingos suele jugar la partida en el club con Fran y otros amigos.

—¿Vas tú por el club alguna vez?

—Pocas. No acabo de encajar. El hecho de que sea la esposa de Joaquín no me conforma para reunirme con personas que nunca fueron de mi ambiente.

—Eso del ambiente es un cuento tártaro.

—En una ciudad grande, pero aquí, donde cada cual sabe de dónde procede, no es tan fácil superarlo.

—¿Complejos?

—¿De qué?

—Te pregunto. Yo no los tengo. Pero tampoco me haría socia de ningún club privado, donde no encuentro más que chismorreo. En el Grupo Covadonga, que es social, lo paso divinamente.

Por la escalerilla bajaba Joaquín portando una bolsa de papel abultada.

—Llega tu media costilla —rio Belén.

—Por favor, no saques a relucir la política.

—¿Me has creído tonta?

—Es que tú y Joaquín siempre os ponéis a discutir y yo me siento alterada y nerviosa.

Joaquín ya llegaba junto a ellas.

Vestía pantalón de mil rayas y una camisa blanca de manga corta. Era un tipo alto y muy guapo. Besó a su mujer y palmeó el hombro desnudo de su cuñada.

—Hola, galeno —decía.

* * *

—Bueno —decía Belén dentro de su bata blanca y junto a sus compañeras, mirando las tres a Chana que se vestía—. De momento eso de la esterilidad parece ser que te lo sacaste de la manga. Pero aún así, la última palabra la tienen los análisis.

—Yo digo que no eres estéril —apuntó María.

—Yo lo aseguro ya —apostilló Belén.

—De todos modos —adujo Tila— te lo diremos dentro de dos días. Y pienso como mis compañeras. ¿Qué vas a hacer si acertamos en el diagnóstico que casi tenemos hecho? Porque tendrá que venir Joaquín.

—Y vendrá.

—¿Estás segura? Los hombres nunca aceptan ser estériles.

—Vosotras no conocéis bien a Joaquín. Es un hombre razonable y civilizado. Lo que no le perdonáis es que haya pertenecido a una de las mejores familias.

—Desde nuestra postura de médicos y seres humanos bien definidos, eso no nos interesa y no lo valoramos en ningún sentido —apuntó María—. Ni

para bien ni para mal. Yo fui amiga de Joaquín cuando tenía dieciséis años.

—Lo sabemos, María —reía Belén—. Mientras mi padre ponía inyecciones a todo el que le pagaba, tú te pasabas las mañanas en la piscina del Náutico. No nos tienes que recordar que tu familia sigue ahí, imperando como primera línea de élite.

—¡Belén!

—Dejaos de tonterías —les cortó Chana—, por lo que observo aún os seguís picando. Y no entiendo cómo trabajáis juntas.

—Porque la vida ha cambiado y porque si no trabajas en equipo te mueres de hambre. Y porque además los prejuicios solo imperan en gente mediocre. Eso ya pasó a la historia.

—Lo dices —reía Belén que era la más incisiva— porque tu padre no fue don Fulano de Tal y sí en cambio un minero de la Camocha.

—Y sigue siendo en régimen de jubilado silicoso —dijo Tila sin inmutarse—. Pero eso no me mengua un ápice. Y mi amistad con María siempre existió a distintos niveles.

—Parece mentira —les cortó María— que en una clínica donde estamos decidiendo el destino de una persona, que encima es tu hermana, sigas con tus rencillas psicológicas.

—En efecto, es cierto. Puedes irte, Chana. Te diremos los resultados dentro de tres días. Pero sin dudas, ¿eh? El día que te digamos que no eres estéril y que puedes parir y concebir, o concebir y parir, tendrás que hablar con tu marido.

Se lo dijeron tres días después.

—Chana —era María, pues Belén se había ido con Tila a un congreso—, puedes tener hijos tranquilamente.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—Nada. Pero si quieres tener una seguridad, díselo a Joaquín. Diga lo que diga tu hermana, yo conozco bien a Joaquín y sé que cambió, que maduró, que es un adulto civilizado.

—A los hombres no les agrada someterse a estudios semejantes.

—Los hombres de antes, porque la vida funcionaba de otro modo. Pero a la sazón, los hombres han evolucionado y son como siempre tuvieron que ser. ¿No trabajáis los dos? ¿No os repartís el trabajo de la casa? ¿No tenéis autonomía para hacer y deshacer? Pues que Joaquín sepa que tiene el deber de hacerse un reconocimiento.

—Pienso que si no tenemos hijos, tarde o temprano, nuestro matrimonio se va a pique.

—Puede que sí o puede que no. Pero para que no se vaya por falta de un hijo, siempre hay remedio.

—¿Cómo?

—Adoptando uno.

—Joaquín no quiere eso.

—¿Lo habéis hablado?

—En alguna ocasión, sí.

—Hay otro.

—¿Otro remedio?

—Sí.

—Pues dímelo.

—Inseminación.

—María.

—¿Por qué me miras así? Es lo más lógico del mundo. Si Joaquín es estéril, la única forma de tener un hijo es la inseminación.

—¿De quién?

—¿Te refieres al espermatozoide?

—Pues claro…

—Aparte de que existen bancos… de semen, siempre habrá algún amigo que se preste y quizá Joaquín lo prefiera.

—Tú estás loca.

—No lo sé. De momento dile a tu marido que tú no eres estéril.

III

Con Fran le unía una gran amistad, debido precisamente a lo amigo que era de Joaquín.

Por eso, dentro de su confianza, entraba un gran afecto. Además, Fran era un tipo campanudo, sincero y amigo de sus amigos hasta el sacrificio.

Tampoco era el clásico tipo que rehúye una conversación confidencial y solía llamar al pan, pan y al vino, vino.

Por eso ella, aquella tarde que coincidieron se lo contó.

—He ido al médico, Fran.

—¿Pues qué te pasa?

Se hallaban juntos en el despacho.

Habían estado discutiendo algo referente a la agencia y los demás ya se habían ido, si bien ella esperaba que Joaquín pasara por allí a recogerla.

—Nada concreto. Pero tú sabes cómo desea Joaquín un hijo.

—Ah, sí. También es manía —reía Fran—. Un hijo es una gran responsabilidad, y yo soy de la opinión de que si llega, bien llegado sea, pero si no aparece, pues bueno, no aparece y en paz.

—Joaquín no se conforma.

—¿Tenéis problemas por eso?

—Eres tan amigo suyo que me extraña que lo ignores.

Fran pensaba muchas cosas, de las cuales solo decía unas pocas.

—A veces se lamenta, pero tampoco es como para rasgarse las vestiduras. Hace dos años que os casasteis y ya vendrán.

—Por mi parte pueden venir. No soy estéril.

—¿Y quién te dijo que lo fueras? —preguntó asombrado.

—Yo lo pensaba.

—Ah. Pero no creo que Joaquín te dijera nada al respecto.

—No hace falta decir las cosas. Por lo regular, cuando un matrimonio no tiene hijos, casi siempre se le da la culpa a la mujer.

—Pues es una enorme equivocación. El porcentaje de hombres estériles es grande. —Y de súbito—: ¿Qué estás pensando?

Fran se hallaba sentado tras la gran mesa del despacho y Chana medio se sentaba en la esquina del tablero de la mesa, fumaba, aspiraba el humo y lo expelía con lentitud entretanto meneaba un pie perdido en una chinela veraniega de color rojo de tiritas y descalza por detrás.

—Estoy pensando que Joaquín debería someterse a una exploración.

Hubo un silencio.

—¿Me estás diciendo que se lo diga yo?

—No —meneaba la cabeza con energía—. En modo alguno. Esas cosas tiene que decirlas la mujer.

—¿Y lo harás?

—Desde luego. ¿Qué piensas tú?

—¿De Joaquín?

—Pues sí.

Pensaba demasiadas cosas y sabía muchas otras.

Pero la sinceridad tiene sus limitaciones, ¿no?

Él se las ponía a sí mismo como norma.

—No sé a qué te refieres.

—Si supones que aceptará hacerse esa revisión.

—Supongo que le costará, pero aceptará y máxime sabiendo que no tienes culpa de que él no sea padre. Mira, ahí lo tienes.

Chana se tiró del tablero de la mesa y se fue a abrir la puerta de la agencia.

Joaquín entró refunfuñando.

—Cuando llueve nos quejamos y cuando cunde esta sequía, también. ¿Qué querremos? Hola, Fran. ¿Qué tal, cariño? —y la besaba amoroso.

Fran fumaba sin parpadear.

Pensaba que debiera de estar en Marbella para disfrutar un mes y después incorporarse a la central de Madrid.

Pero seguía allí.

Y se preguntaba qué tontería estaba él pensando y sintiendo.

—Te esperaba. ¿Adónde vamos?

—A casa. No soporto un día de labor irme a bailar a una discoteca ni a un *pub* ni a un bingo —y pasando un brazo por los hombros de su mujer—. ¿Qué, cómo anda eso?

Fran los miraba entornando los párpados.

—Buen —decía Chana—, bien.

—Pues nos vamos. Oye, Fran, si quieres venir a cenar…

—Tengo un compromiso.

—Pillín… Entonces hasta mañana.

Fran se quedó allí un rato, miraba al frente y fruncía el ceño.

Después se levantó, empezó a cerrar persianas y a apagar luces.

Al rato entraba en la ruta de los vinos, dispuesto a toparse con alguien y entretenerse.

Había mucha juventud por aquella zona y él se veía ya un vejestorio con sus treinta años…

Pero pronto encontró pareja y se fue con ella en el auto por la Providencia.

Vivía en un hotel y no pensaba tomar apartamento. La vida de hotel era monótona y poco familiar, pero más cómoda en cierto modo.

* * *

Joaquín estaba sentado ante el televisor y entre sus dedos sostenía un vaso de *whisky*.

El telediario daría las noticias correspondientes, siempre alarmantes. Todo eran malas noticia. Que si el petróleo, que si el gobierno, que si las elecciones, que si puñetas.

Terroristas, muertes y guerras.

¿Cuándo dejará la gente de matarse por el poder y el dinero?

Lo más grato del mundo era el hogar, ver a Chana andar por la cocina y sentir el zumbido del ventilador ofreciéndole un poco de fresco.

—Pon la mesa, Joaquín —le gritaba Chana desde la cocina.

El marido bajó la voz del televisor y se puso a buscar el mantel y los cubiertos en el cajón de la cómoda del *living*.

En seguida puso la mesa para dos.

—¿Te ayudo ahí, Chana?

—No, no. Voy con la bandeja.

Las cenas solían ser ligeras. Unas verduras, carnes y leche.

Después los dos salían a tomar café, o se quedaban a ver una buena película de televisión, si era buena, porque a veces eran bodrios y se marchaban al cine próximo. En la misma calle tenían dos y no lejos de su casa, el Cristina y el Robledo e incluso saliendo de su calle, en Fernández Vallín, el Hernán Cortés.

Chana apareció ya sin delantal, enfundada en una falda blanca abierta por un lado y su camisa roja de manga corta. Llevaba el pelo atado en lo alto de la cabeza con un nudo hecho con el propio pelo.

—Estás preciosa, Chana —le decía él, asiéndola por la cintura y besándola en el cuello.

—Para. Tenemos que hablar después.

—¿De qué?

—Ya lo verás.

—Pues dilo ya. Me tienes en ascuas. ¿Hay descendiente a la vista?

—No, no.

Se sentaban uno frente de otro y procedían a comer.

—Lo siento, Chana.

—¿Es tanto tu afán por un hijo, Joaquín?

—Bueno…, ya sabes.

Hubo un silencio.

Chana pensó que le producía una gran pena tener que decir aquello.

Pero no había más remedio.

Pensó también cuándo conoció a Joaquín.

Fue tres veranos antes en una fiesta en Somió, en casa de amigos comunes.

Joaquín ya trabajaba en el banco. Ella, terminando empresariales, se había sometido a un examen para entrar en una agencia nueva de viajes que se montaba en Gijón.

Su hermana ya era médico y vivían juntas en un apartamento frente a la playa.

Joaquín fue para ella una novedad, un flechazo.

Cuando Belén lo supo, puso el grito en el cielo.

«Si es un mujeriego».

Podía serlo, pero desde que ella empezó a salir con él apostaba por la fidelidad de Joaquín.

Además, ya no era un crío y lógicamente tenía que sentar la cabeza.

Y la sentó.

Se amaron de verdad.

Era su primer novio formal. Había tenido ligues y medios novios, pero formal nada.

Joaquín era el definitivo.

Cuando Belén supo que el asunto iba en serio, se lo advirtió:

«Mira, yo lo conocí estando en COU y me lleva cuatro años. De modo que… dicen que ahora trabaja en un banco…, pero supongo que su familia seguirá siendo tan pija como antes».

Le había reconvenido.

Belén no se callaba nada.

Y tampoco perdonaba fácilmente que en ciertas épocas de la vida siendo una estudiante de beca y dispuesta a abrirse camino, el de la sociedad no se lo abrieron.

Lógico.

Era hija de un practicante.

Mientras que Joaquín y muchos como él (que por cierto no llegaron a nada concreto ni ponderado en la vida) pertenecían a familias de élite que se lo montaban divinamente en tiempos en que la existencia se lo ofrecía todo, pero que después se lo quitó la mitad y más y el poder del dinero ya no era igual y con el poder del nombre no se comía.

«Cuando conozcas a la familia, te mirarán de lado. Ve pensándolo».

No la miraron de lado. Tampoco la aceptaron con gritos de júbilo, pero Chana pensaba que no se casaba con ellos, sino con Joaquín, y realmente Joaquín era un buenazo.

No fue un noviazgo largo.

Pensaban que trabajando los dos (ella había sacado la plaza de la agencia) podían vivir divinamente y cuando vinieran dos o tres hijos, se arreglarían.

Fue una boda muy sonada, no por ella y Belén, y además, Belén renegaba de tanta ostentación, sino por la familia del novio, que aún seguía montada en su nombre y pertenecía a los clubs privados de la ciudad.

«No entiendo —solía decir Belén insidiosa— cómo pueden pagar las cuotas del club. Me consta que son caras, y también me consta que vivían montados en la Bolsa, y esa se ha venido abajo como un edificio sin cimientos. Además, el asunto de la democracia los ha pillado de sorpresa y los privilegios se los ha llevado el viento. Además, ¿sabes quién tiene que pagar la mitad de ese bárbaro banquete?».

«Nosotras dos», había respondido Chana.

«Eso es, y a ti te bastaba casarte y dar una fiestecilla sencilla para amigos, pero no. Todos se etiquetan, todos pretenden seguir engañándose y ahí los tienes, haciendo el indio, pero como viven en una sociedad montada de nada, pronto se les derretirá».

«Tú eres una comunista».

«Yo soy una tía justa que saqué la carrera a base de sacrificios y de tesón y esos que parecen mirar a una por encima del hombro, no saben ni por dónde salió Colón ni a qué lugar llegó para que le hicieran inmortal».

«Eres incisiva. ¿Es envidia?».

«¿De qué? ¿De sus pequeñeces mentales?».

Después se amansó.

Belén solía chillar muchas veces, pero luego razonaba, mandaba todo al diablo y se reía de sí misma.

Por supuesto que fue la madrina.

Ese puesto sí que no se lo quitó nadie.

Y cuando llegó la hora, pagaron con su dinero la mitad de aquel banquetazo. Nunca Belén lloró más las pocas pesetas ahorradas que les dejó el practicante al morir.

Chana recogía la mesa con ayuda de su marido y dejaba de pensar en todo aquello que ya no tenía razón de ser.

Pero en cambio sí pensaba en lo que le diría a Joaquín cuando hubiesen terminado de recogerlo todo.

Y lo hizo.

IV

—No te quedes ahí —decía Joaquín amoroso.

Lo era mucho.

Belén siempre que los veía haciendo arrumacos pensaba si Joaquín no estaría exagerando.

Chana, no.

Desde luego.

Chana amaba a Joaquín y no le había visto ningún defecto. Tampoco ella, eso es la verdad, pero como le conocía tanto de antes, ¿por qué regla de tres había de perderlos? ¿No quedaba ninguno y, sobre todo, de aquella soberbia suya de jovenzuelo, que por tener una moto, una casa en Somió y uno o dos coches su padre, que por cierto dicho padre no daba golpe y vivía de rentas, ya se consideraba el no va más?

No entendía que todos aquellos defectos (porque ella los consideraba así) se disculparan por amor.

Puede que sí, pero también… ¿no estarían ocultos y saltarían a la luz un día cualquiera?

Pero volviendo a aquella noche, quizá crucial para ambos, Chana no se levantó.

Prefería ver a Joaquín de frente.

De ese modo no se le escaparía ningún gesto de su rostro.

—Deja que me quede aquí, Joaquín.

—Te veo grave. ¿Pasa algo? ¿Has dejado de quererme? —Y como muy celoso—: ¿Tienes algo en contra mía?

—Qué cosas dices. Claro que no.

Joaquín respiraba.

De verlo, Belén hubiera dicho:

«Hum… este está haciendo algo que ignora la tonta de Chana».

Pero afortunadamente para Joaquín, Belén no estaba allí con sus ojos de lince y su mente muy lúcida.

Estaban ellos dos.

Y el asunto era de envergadura.

—Vaya, Chana. Di lo que sea.

—Que fui al médico.

—¿Qué? ¿Estás embarazada?

—Claro que no. Fui a hacerme un reconocimiento exhaustivo con el fin de saber por qué no me quedaba en estado. Si tú quieres tener un hijo, yo también, Joaquín.

—¿Y qué resultado dio ese examen exhaustivo, Chana? —preguntó frunciendo el ceño.

—Positivo. No soy estéril. Lo raro, según el diagnóstico, es que no tenga ya dos…

—Bien —parpadeó Joaquín—, pues será que no lo hacemos bien.

—Yo entiendo que lo hacemos a conciencia —apuntó Chana algo cohibida—. Y hemos probado de todas las maneras.

—Pues no entiendo. ¿Qué médico te hizo el reconocimiento?

—Belén y sus compañeras.

Eran buenas.

Joaquín no sentía gran simpatía por Belén, dado sus ideas políticas, pero sabía que era un buen médico y sabía, asimismo, que María era honrada y gran profesional y la misma Tila…

Las tres trabajaban en la Seguridad Social en las mañanas y por las tardes mantenían abierto su consultorio particular. Se les apreciaba en la profesión y se reconocían sus conocimientos.

El que su padre dijera que una mujer médico era un desatino, él lo consideraba una chorrada. Las cosas como eran. Belén fue una sobresaliente siempre, estudió con beca que no abandonó nunca y encima sacó plaza para hacer la especialidad con el número uno y se pasó dos años en Alemania haciendo prácticas y todo ganado a pulso. Sería muy feminista y muy socialista, pero como profesional, sabía perfectamente por dónde andaba.

Suspiró.

—Tú dirás, entonces…

—Ellas, las tres, opinan que tú debes dejarte reconocer. Joaquín dio un salto.

Arrugó el ceño y una voz gutural salió de su garganta oprimida.

—¿Yo?

—Eso dicen ellas.

—Y tú me lo pides…

—Me gustaría saber a qué atenerme —dijo cautelosa, sin deseo alguno de humillarlo—. Igual somos fecundos los dos y es que no nos llegó el momento.

—Que será lo más seguro. Al fin y al cabo, solo hace dos años que nos casamos.

No quería ir, se le notaba.

Pero también notaba Chana que pese a todo iría, porque lo que intentaba Joaquín en todo momento era ser un hombre evolucionado, civilizado y le fastidiaba mucho que le tacharan de retro. Pero de todos modos, Chana notaba su retraimiento.

Por otra parte, estaba claro que sutilmente le echaba la culpa a ella, o se la estuvo echando y a la sazón decía que en dos años no había demasiado tiempo para saber si podían o no tener hijos, lo cual no dejaba de ser contradictorio.

—Si no quieres ir…

Joaquín sintió que le sudaba la raíz del pelo y que se le ponía un nudo en la garganta.

—¿Por qué no? —decía sin embargo.

Belén, de hallarse presente, hubiera pensado: «Porque no quieres, ea, porque te repatea que te monten el mogollón del fracaso. Porque tú no te has civilizado del todo y eres como el ignorante de tu padre que, por tener dinero, pensó que Gijón y sus habitantes le pertenecían, y ahora se va dando cuenta, afortunadamente para sus vasallos, que es uno más y sin dineros menos…».

Pero Belén, con su incisivo modo de pensar, no se hallaba presente, así que Chana más tranquila y a solas con su marido, insistió:

—Si estás dispuesto hablaré con las chicas.

—¿Ya?

—No veo por qué esperar. Si es que no te importa, claro.

Muchísimo.

Pero…

—Cítame con ellas —dijo.

Y se puso a fumar con fiereza.

Pero sus ojos parecían querer sonreír.

Chana le amaba y le dolía humillarlo.

Pero no quedaba más remedio.

—Te citaré para mañana en la tarde.

—¿Tan pronto?

—Bueno, si no quieres…

—Sí, sí. No faltaba más. Por favor, ¿qué te has creído?

Y levantándose amoroso, se acercaba a ella.

Chana se sentía emocionada. Joaquín era una gran persona, dijera lo que dijera Belén. Ella lo amaba y estaba dispuesta a salir de dudas y si se confirmaba que era Joaquín el responsable de no concebir un hijo, habría que buscar una solución.

Adoptar un crío resultaba largo y a veces ni se conseguía Pero es que además, Joaquín no quería esa solución. Joaquín deseaba un hijo de ella. De su mujer.

—Te quiero mucho, Chana. Verás —la apretaba contra sí— como los dos somos aptos, lo que pasa es que no hemos dado en la diana.

—De todos modos, te citaré con ellas.

—Pues claro.

* * *

Pero no era tan claro con su amigo del alma.

Fran le oía renegar, maldecir y lanzar tacos nada discretos.

—Esta noche le diré a Chana que tengo una reunión del sindicato y nos iremos a ese sitio que sabemos los dos.

Fran empequeñecía los ojos.

—¿Te imaginas el día que sepa Chana que no perteneces a ningún sindicato, porque los del tal no te quieren por lo facha que eres?

—Oye, somos amigos, ¿o qué?

—Si no lo digo por mí. Lo digo por ti y por Chana. Es una chica fenomenal y le eres infiel por lo menos dos veces al mes.

—Son gajes del oficio.

—¿Qué oficio?

Joaquín reía.

Belén, de verlo, diría «Este es el burro de COU que yo conocí. Es el marido que tú amas, Chana».

Pero nuevamente y afortunadamente para Joaquín, Belén no le veía.

Y que lo viera y oyera Fran, no importaba en absoluto. Fran era su gran amigo. Distintos, ya se sabía, pero amigos por encima de todas las discrepancias y diferencias.

—El de ser hombre.

—Enamorado.

—Y sí, no lo niego. Amo a Chana, pero también tengo otras apetencias. De modo que esta noche vengo a buscarte al hotel. —Y furioso de nuevo—: De modo que yo estéril. ¿Te imaginas tal disparate de mí?

—El que seas viril no quiere decir que seas estéril.

—Tú estás loco, hombre. Tú estás loco. Pero iré. ¿Hay que ir? Pues iré. Pero maldita la gracia que me hace. Que se dude de mi virilidad…

Fran no perdía la paciencia.

Conocía a Joaquín como nadie y por lo visto seguía siendo el mismo de siempre, con la diferencia de que a su modo amaba a Chana.

Pero a la sazón, él conocía a Chana y la admiraba profundamente y se preguntaba cómo podía el cretino integral de Joaquín no amarla entrañablemente, olvidándose de sus puercas aventuras.

—La virilidad, te repito, no tiene nada que ver con lo otro. De modo que lo mejor es que hagas lo que Chana te dice. Además, tanto María como Belén y Tila son formidables y discretas.

—Sabes lo que te digo, mejor lo haría fuera de Gijón y con otros médicos.

—Pero Chana preferirá que sea aquí y en la clínica de su hermana.

—Belén me saca de quicio.

—Pero como médico la admiras.

—Pero es una comunista feminista insoportable.

—Joaquín —la paciencia de Fran era cada vez mayor—, sé normalito, ¿quieres?, y deja las ideologías para otras cosas. Tu felicidad puede depender de eso. Si los dos sois aptos no veo por qué preocuparse. Ya vendrá un hijo, y seis.

—De acuerdo. Si además no me he negado, pero uno tiene derecho a desahogar con un amigo.

—No me gustaría que Chana un día se enterara de tus juergas y me culpara a mí de ello.

—Vendré a buscarte —le dijo por toda respuesta—. Chana es una chica estupenda y me culpará a mí de ello, además, nunca se enterará de nada.

—Una pregunta, Joaquín.

Aquel, que iba ya en la puerta del cuarto del hotel de su amigo, se volvió.

—¿Qué?

—¿Es que para el amor Chana es remilgada, reprimida…?

—¡Qué va! Chana es estupenda, apasionada, hace cuanto quiero yo y quiere ella. Ni represión ni puñetas.

—Entonces, no veo por qué le eres infiel.

—Por sistema.

—Porque los tíos de antes además de tener esposa, tenían amantes, ¿no?

—No seas como Belén. Porque un hombre siempre es un hombre y aunque quiera a su mujer le gusta cambiar de manjar de vez en cuando.

Se fue al fin.

Fran quedó pensando que lo mejor era irse a Madrid y dejar a un lado aquellos problemas que le venían sin buscarlos.

Pero no.

Se quedaría un tiempo en Gijón.

Era dueño de sus actos y el hecho de quedarse un tiempo en Gijón no significaba nada. Además, cuanto más tiempo estuviera ordenando aquella agencia, mejor marcharía después. Su cometido en cuanto a implantar filiales había terminado y su retorno a Madrid se obligaba para estacionarse de una vez. Gijón había sido muy atrayente en una época de su vida, pero a la sazón le quedaba chico y prefería horizontes ilimitados.

A la noche, Joaquín vino a por él y se fueron juntos. A las cinco de la madrugada, Joaquín seguía enrollado, pero él le tocó en el hombro y lo convenció para dejar el piso de sus amigas.

—Ya veremos lo que dices a Chana —comentaba Fran conduciendo el auto.

—Nunca se entera a la hora que llego. Duerme como un lirón y tenemos una cama de metro cincuenta…

V

Afortunadamente, Belén tenía día libre en la Residencia y se había ido con Tila a la playa de Peñarrubia todo el día y la única que se hallaba allí era María.

—Siento haber ocupado tres días en esto, Joaquín —le decía su amiga de adolescencia—, pero el resultado es concluyente. Eres estéril.

Joaquín lo oía de boca de María por tercera vez y le humillaba lo indecible, pero… en su cara no se apreciaba cierta ira contenida y la gran humillación que experimentaba.

—Bueno, pues estamos listos. Yo te aseguro que mi virilidad…

—Eres profano en esto, Joaquín. De modo que no me hables de tu virilidad, que nada tiene que ver con la esterilidad. Tus espermatozoides son débiles y jamás podrán engendrar. Ni en tu mujer ni en ninguna otra. Seguramente has tenido paperas o alguna otra enfermedad infantil, o la naturaleza que juega estas malas pasadas. Pero yo no entiendo por qué una cosa así te preocupa tanto.

—Me gustaría ser padre —rezongó Joaquín.

—Pues bien, adopta un crío.

—No me conformo. Nunca se sabe de quién es un recién nacido y además, es difícil conseguirlo, y por otra parte me niego en redondo.

—Hay otra fórmula.

—¿Cuál?

—Hombre, eso está ahora poniéndose de moda. Inseminación.

—¿Qué?

—Pues que busques un padre adecuado a tu gusto y le pidas el favor de que venga por aquí. Su semen será analizado y…

—¡Estás loca!

—Ah, pues, no. Consúltalo con Chana. Es más, ya le hice esa sugerencia en el supuesto de que tú fueras estéril.

Le repateaba aquello.

Pero aguantó.

—Háblalo con Chana, Joaquín, te lo aconsejo.

—¿Y que todo el chismorreo de Gijón se entere?

—No tiene por qué enterarse. Ni de que eres estéril ni de la inseminación. Te vas a Madrid, te pones en contacto con médicos especializados amigos nuestros y regresáis tú y Chana de un viaje de recreo.

—¿Y Chana querrá eso?

—Pregúntaselo.

—¿Y el hombre en cuestión?

—Busca un amigo.

¡Fran!

¿Por qué no?

Apretó los labios.

—Yo tengo un amigo íntimo, discreto y que no me vendería por nada del mundo. Todo puede hacerse en la mayor reserva y así…

—Si la idea te parece buena —dijo María con acento absolutamente profesional— lo arreglaremos nosotros. ¿Conozco yo a tu amigo?

—Fran.

—Ah…, pues sí. Mira, yo creo que no es mala idea. Si él consiente, claro.

—Fran hará por mí lo que sea. Crecimos juntos, no nos hemos visto en años, pero al reencontrarnos nos volvimos a unir. No tengo otro amigo más íntimo.

—Díselo a Chana y después a Fran. O reuniros los tres. Pero creo que lo mejor es que lo consultes por separado con ambos.

—Dicho. Lo haré. Quiero tener un hijo y el hecho de que Chana me lo dé, me basta.

—De acuerdo, Joaquín. Ya nos pondrás al corriente de cuándo quieres hacerlo.

—En setiembre. Tengo el permiso y Chana también. Nos vamos a Madrid y como Fran también irá…

María se quedó sola y terminó su consulta en ausencia de sus amigas. Al día siguiente tenía descanso ella y se iría a Verdicio, donde tenía una casita para su soledad.

A la noche se reunió en la cafetería Fontana de la calle Corrida con sus amigas.

Aquella terraza estaba atestada, y lo peor, pensaba María, es que conocía a todo el mundo y que todos la conocían a ella.

Ella no tenía novio, ni ganas de casarse, pero allí, en la ciudad, tampoco se podía una lanzar a mantener relaciones sentimentales con un tío y vivir con

él en plan pareja. Porque aunque ella no tuviera prejuicios, sí que los tenía la ciudad y sus habitantes, de modo que si se pasaba una noche en un piso con amigos, evitaba por todos los medios que se supiese.

Igual les ocurría a Belén y a Tila.

Ninguna de las tres abogaba por el matrimonio, con el que, se dijera lo que se dijera, perderían su independencia.

Por aquella parte inicial de la calle Corrida no pasaban autos, porque la habían acotado para las terrazas y los toldos evitaban que lloviera sobre ellas o cayera un pesado rocío.

Buscó una mesa y al rato llegaron las dos compañeras morenas, sofocadas por el sol aún, tomado en la playa de Peñarrubia.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Belén.

María les contó a toda prisa.

Y sucedió lo que esperaba. Belén rompió a reír, divertidísima.

—Vaya palo que le has pegado al señorito ufano de su virilidad.

—Parece mentira que digas eso, Belén. Sabes que nada tiene que ver uno con lo otro.

—Desde luego, pero a un hombre como Joaquín decirle eso es como repatearle el estómago.

—Os pido absoluta discreción —y seguidamente les contó la idea—. Así que…

* * *

Le costaba hacerlo, pero… no había otro remedio. Joaquín se confesó convencido con su mujer, Chana se abrazó a él y le dijo que si no tenían hijos, era lo mismo.

—Eso sí que no —dijo Joaquín—. En modo alguno. ¿No te hablaron de la inseminación?

—Sí, pero…

—Pues lo haremos. ¿Y sabes quién será el donante?

—Joaquín, ¿es que prefieres eso?

—Sí. He de tener un hijo y si tú estás de acuerdo, se lo digo a Fran. Lo haremos en Madrid… María me dijo que todo es muy fácil y lo único que queda por saber es si Fran está de acuerdo y si se deja explorar por tu hermana y sus dos amigas.

—Pero…

—¿Es que no quieres?

—Si se entera alguien…, serviremos de comidilla.

—Es que nadie va a enterarse.

Chana aceptó y pese a ello se quedó muy pensativa.

Por eso al día siguiente se citó con Belén y, como pretendía ser discreta, se fue a su apartamento.

Belén estaba aún en la cama y por lo que Chana veía había celebrado una fiesta en su apartamento el día anterior.

—Vaya horas de venir —refunfuñó.

Y se restregaba los ojos con el dorso de la mano.

—Si casi acabo de acostarme, Chana.

—Esto parece una cafetería. Botellas por todas partes, discos, vasos…

—Nos hemos divertido ayer unos cuantos amigos.

—Por algo tú no te casas.

—Yo soy libre de vivir como gusto. Así que dime, ¿qué te trae por aquí? Me había olvidado de tu cita. No sé quién me dijo ayer noche que llamabas por teléfono.

—El teléfono lo cogió un hombre.

—Ah, sí. Creo que fue Carlos. Dime, pasa y cuéntame lo que ocurre. Si me vas a decir lo de tu marido, ya lo sé. Nos lo dijo María la otra noche.

—Joaquín quiere eso de la inseminación.

—Ya.

—¿Tú qué dices?

—Pues, que bueno. Te vas a Madrid con él y si no quieres conocer al papá del crío, yo te pongo en comunicación con médicos y te inseminarán el semen del banco que se posee a tal fin, pero si prefieres un padre conocido…

—Joaquín quiere que sea Fran.

—Suponiendo que valga.

—Claro.

—Bueno, pues Fran, ¿qué más da uno que otro? A fin de cuentas para los efectos, será hijo de Joaquín. ¡El señorito fantoche estéril! ¡Es como para mondarse de risa!

—¡Belén!

—Vale, vale —refunfuñó—. Toma asiento si encuentras dónde sentarte y hablaremos. —Andaba en pijama y aún medio ciega por el salón revuelto—. Esos bestias lo han dejado todo hecho una facha.

—Estaban María y Tila en la fiestecita.

—Chana, tú métete en tus cosas, ¿quieres? Esto no es un burdel, si piensas. Es o fue una fiesta de amigos que saben divertirse. Eso nada más. Así

que dime lo que habéis decidido.

—Joaquín hablará con Fran.

—Pues lo mandas a nuestra consulta y ya te responderemos.

—Joaquín asegura que lo arregláis todo vosotras.

—En Madrid, sí. Conocemos colegas que se dedican a eso. Es tan legal como concebirlo con tu marido, siempre que tu marido esté de acuerdo.

—Eso dice Joaquín.

—Pues a ello.

—¿Tú qué opinas?

—¿Yo? Yo no tendría hijo ninguno, pero si tú estás enamorada de tu fiel marido y él está de acuerdo en la inseminación, no tengo por qué oponerme. Y además, tratándose de Joaquín, no me opondría.

—Yo amo a Joaquín y quiero darle un hijo.

—Pues te estamos ofreciendo la oportunidad. Cuando Fran se haya puesto de acuerdo con Joaquín, nos los pasas.

Chana se levantó.

Se sentía turbada, no podía remediarlo. Y temerosa de que en Gijón se descubriera la verdad del origen de su embarazo y con ello humillaran a Joaquín.

—La cosa ha de ser de lo más discreto, Belén —le reconvino—. Tú no soportas a Joaquín y… eres capaz de soltar la verdad para fastidiarlo.

—Soy médico antes que antagonista de tu marido —reía Belén, ya despabilada—. ¿Qué hora es? Oh, tardísimo y tengo consulta en la Residencia. Una no puede ser humana ni persona. Ha de ser solo médico y eso tampoco es lógico. Voy a darme una ducha. Ah, tenme al tanto de lo que resolváis.

Cuando llegó a la agencia con una hora de retraso se dirigió directamente al despacho de Fran.

Lo vio allí sentado tras su enorme mesa.

Al verla entrar, se levantó.

—Buenos días, Chana —saludó él, con voz que a la joven pareció distinta.

—Me he retrasado porque fui a ver a mi hermana.

—Ah.

—Oye, es que Joaquín piensa hablarte.

—¿Joaquín? —bostezó—. Me despertó a las siete, fue a verme al hotel.

—Oh.

—De modo que no te molestes. Ya sé lo que pretende.

—Y tú… —se agitó Chana.

—Por unos amigos como vosotros se hace lo que sea, pero ¿estás tú de acuerdo?

—Sí.

—¿Todo por darle un hijo a tu marido?

—Pues sí.

—¿Tanto le amas, Chana?

—Soy su mujer y le quiero, sí. Le quiero mucho. Joaquín merece mi cariño.

Fran tuvo sus dudas.

Pero se guardó bien de manifestarlas.

—Yo dije que sí —afirmó—. No tengo inconveniente. De modo que dile a tu hermana y sus amigas que me someto a su reconocimiento. Igual también yo soy estéril.

—Me da vergüenza todo esto, Fran, pero…

Fran se le acercó amistoso.

Un buen observador hubiera notado algo en el fondo de sus pupilas. Pero Chana no era observadora y además, aunque lo fuera, en aquel momento nada más lejos de su mente que una excesiva admiración de Fran por ella.

—Esperemos que todo salga bien. Tú estate tranquila, Chana.

VI

Joaquín se familiarizaba cada día más con la idea. Es más, no cesaba de hablar de ello. Chana no lo estaba tanto. Le parecía todo muy artificioso y, aunque ella era una chica de lo más natural, todo aquel asunto de la inseminación le parecía americano y demasiado sofisticado.

—Estuve hablando con María —le decía Joaquín aquella noche—. Fran es positivo y, según la opinión de las tres, positivísimo, así que no esperaré a que termine el mes de agosto y nos iremos los tres a Madrid.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—Pero si Madrid ahora será un asadero.

—En ese sanatorio al que vamos a ir hay refrigeración, de modo que tú estate tranquila.

—Joaquín, ¿estás seguro que lo deseas?

—Anda, pues claro. ¿No lo tenemos bien discutido?

Se hallaba en el *living* y Chana, dentro de su pijama corto, estaba lindísima, pero Joaquín aquel día le iba la marcha y pensaba inventar lo del sindicato y sus reuniones interminables.

Ni siquiera con estar Chana tan apetitosa, le apetecía.

Es que además, las veladas con Chana eran divinas, pero con dos, tías buenas de aquellas que él conocía de antes, se pasaba pipa.

Nada tenía que ver su amor por Chana con aquellas otras salidas.

—Mañana sabremos ya todos los resultados —añadía Joaquín, pensando que tenía que añadir lo de la reunión del sindicato—. Y después, pediré el permiso adelantado. Fran te dará el tuyo y nos acompañará. Iremos en el auto, porque él seguro que ya se queda en Madrid definitivamente.

Chana lo sentía.

Fran era un compañero magnífico y un amigo entrañable.

Ella, a su lado, nunca se aburría y además la dulzura de Fran le conmovía.

—Sentiré que se quede en Madrid —dijo.

—Y yo. Se me va el gran amigo de mi vida. Oh, se me olvidaba. ¡Qué tonto soy! Tengo una de esas fastidiosas reuniones sindicales.

Chana lamentó, molesta:

—¿Por qué tienen que ser siempre en la noche?

—Pues muy sencillo. Porque se trabaja por el día.

—Pero es que nunca terminan.

—Tú te duermes, ¿quieres?, como haces siempre, y yo ya llegaré cuando quede libre.

—No bebas, Joaquín.

—¿Y cuándo bebo?

Es verdad.

Bebedor no era y de malas costumbres tampoco.

Joaquín la cerró por la cintura, la besó y dijo que volvería cuanto antes. Pero no volvió hasta el amanecer y ella le oyó llegar en sueños, pero como la cama era tan ancha, ni siquiera sintió su contacto.

A la mañana siguiente vio llegar a Fran tarde, lo que ocurría de vez en cuando y a ella tampoco le extrañaba, pues era libre y soltero y dueño de hacer lo que quisiera, aunque a ella no sabía por qué razón le dolía que Fran pasara noches de juerga, y es que además se le notaba que era así por sus ojeras y la desgana que traía consigo.

Como estaba conversando con unos clientes que pedían informes de Miami para viajar allí, saludó a Fran con la cabeza y continuó de pie en el mostrador.

Los demás empleados trabajaban en lo suyo.

Eran seis en total y cuando se marchase Fran, seguro que se quedaría Eduardo de director.

A la media hora, Fran la reclamó por el dictáfono y se dirigió a su despacho.

—Cierra y acércate —le decía Fran de pie junto a la mesa—. Acaba de llamar Belén. Todo es positivo, de modo que cuando gustéis tú y Joaquín, nos marchamos a Madrid. Belén dice que todo está dispuesto para la inseminación.

Chana enrojeció.

No podía remediarlo, pero el asunto le sabía algo amargo.

Tener un hijo de Fran estando casada con Joaquín no era precisamente muy divertido.

Ella era una persona seria y todo aquello en cierto modo podía considerarlo la ciencia de gran avance, pero…

—Parece que dudas, Chana.

Ella fue sincera.

Con Fran le gustaba serlo.

Y no se explicaba por qué lo era más que con su propio marido.

—No me hace nada de gracia, Fran.

—¿Por qué? Mujer, las cosas ahora son así. Todo tiene remedio. Trasplantes, hijos por inseminación artificial…

—Yo hubiera preferido adoptar un niño.

Fran la miraba sin parpadear.

—Es un hijo mío, Chana.

Y tanto.

Le turbaba tener un hijo de Fran.

No podía evitarlo.

Aquel hándicap siempre lo llevaría ella consigo. Aún si fuera de un desconocido o de un banco de semen, pero de Fran…

Joaquín tenía cada cosa.

—Si es que se va a hacer es mejor ahora —decía Fran con dulzura—. Está terminando agosto y ya no hay tanto calor en Madrid.

—De acuerdo, Fran. Ponte al habla con Joaquín.

—Nos veremos en el club a las tres. ¿Vienes tú hasta el club?

No le gustaba.

Prefería irse a la playa.

Además, desde que todo aquello se empezó a urdir se sentía desconcertada, como algo apartada de su marido. Como si en ella surgiera de súbito otra persona.

Con Belén tenía toda la confianza del mundo, así que decidió citarla para ir a la playa, y cuando dejó a Fran en el despacho, llamó a su hermana por teléfono.

Belén se hallaba en la Residencia haciendo el servicio de la mañana y le dijo que podían quedar en la caseta de la playa de San Lorenzo a las dos y media.

—Estaré allí —le dijo Chana—. Yo salgo antes que tú, de modo que llevaré un bocadillo para cada una.

—¿Y tu marido?

—Se citó con Fran en la piscina del club de regatas.

—Ese no pierde su feudalismo ni estéril.

—¡Belén!

—Perdona. Estaré en la playa tan pronto pueda.

Y ya estaba allí.

En bikini y con su serena y morena belleza contrastando con el castaño de sus cabellos y el glauco de sus ojos.

Tendidas ambas boca abajo junto a la caseta, en sendas toallas, no se miraban.

—Suéltalo —le dijo Belén—. No dejes el pan en el pecho, que igual te sube a la garganta y te ahogas.

* * *

—Tú no lo harías, estoy segura.

—Si te refieres a la inseminación artificial…

—A eso.

—No lo sé. No me muero por ser madre.

—Es que yo tampoco.

—Pues díselo a tu marido.

No era fácil.

Y además sus relaciones con él, desde que empezó todo aquello, se enfriaban, pero eso sí que no se atrevía a decírselo a su hermana.

Conocía a Belén y sabía de su liberalismo y de su falta total de prejuicios y además de lo poquísimo que creía en el matrimonio, por lo que le faltaría tiempo para decirle que dejara a Joaquín si no lo amaba y se divorciara de él y buscara un hombre que le diera un hijo propio.

Belén era una persona fenomenal, humana si las había, pero… tenía un modo de pensar particular, peculiar y la personalidad suficiente para que nadie le hiciera cambiar de forma de pensar, por mucho que se lo propusieran.

Ella también sabía que si viviera su padre, Belén se amarraría la lengua y hasta incluso se casaría. Pero sola en el mundo, hacía lo que quería y además era médico e independiente y todos los remilgos sociales se los pateaba sin preámbulos.

—Te has quedado muy callada, Chana.

—Es que… en fin…

—Él en fin, tiene una continuación, de modo que dilo.

—No sé qué me pasa.

—Dentro de ti, o con tu marido.

De las dos maneras.

Joaquín ya no le enervaba ni le turbaba.

Joaquín era un hombre al que sin faltarle nada, le faltaban muchas cosas.

Si no fuera tan bueno, y tan fiel y tan cariñoso…

—Chana, ¿qué estás pensando?

—Nada, nada.

—Si no quieres someterte a esa inseminación, dilo, caramba. Es natural, ¿entiendes? Pero para quien lo desea. Pero forzado no debes hacerlo. Fran es todo un tío. Yo no lo digo ya por su abundancia de poderosos y fecundos espermatozoides, lo digo porque es una persona humanamente conmovedora. Un tipo muy sensible y muy poderoso a la vez. Ya ves, si te hubieras enamorado de él, en vez de enamorarte de Joaquín, me parecería natural.

—¡Belén!

—Porras, ¿por qué me gritas así?

Porque había dado en la diana.

Y le aterraba semejante cosa.

Además, tener un hijo de Fran… Por mucho nombre que llevara de su marido, ella jamás podría olvidar que el padre era Fran.

¿Por qué tenían que meterla en semejantes entresijos?

—Chana, has gritado muy fuerte.

—Son cosas mías.

—Estás irritada, ¿verdad?

—No sé.

—O sensibilizada que es aún peor. Andate con cuidado.

—¿De qué?

—Yo qué sé. Estás todo el día junto a Fran y vale demasiado para no apreciar su valía y además es guapo, es trabajador y honrado. Reúne todas las cualidades…

—¿Para qué?

—Ya me entiendes. Si quieres continuar amando a tu marido, será mejor que Fran se quede en Madrid. Una se propone cosas y se empeña en ellas, pero la naturaleza, el sentimiento es el que manda y si tienes a diario delante un monigote y un hombre de pies a cabeza, la diferencia se aprecia y una va cayendo en esa cuenta sin proponérselo.

Justo lo que le estaba sucediendo a ella.

Y encima Joaquín se empeñaba en que le inseminaran semen de Fran…

Si pudiera ser sincera.

Si acertaba ella a conocer la profundidad y el origen de su desconcierto…

Pero ni con su hermana Belén, pese a la confianza que se tenían, se atrevía a comentarlo.

Es más, ni siquiera para sí aceptaba pensarlo.

Por eso andaba todo el día intentando distraerse.

Cuando se despidió de Belén a las cinco, se dio cuenta de que en realidad no había dicho nada concreto de lo que quería decir.

Pero Belén no necesitaba confidencias. La vida le había enseñado a leer en las mudeces de las personas.

Por eso se lo dijo a Tila cuando llegó al consultorio.

—Me parece que la solución que le dimos a Joaquín para ser padre, no sirve para Chana.

—Pero la acepta, ¿no?

—Ya veremos el resultado que trae todo esto. A mí, ciertas cosas me dan miedo. Es como las crisis económicas. Piensas que terminan cuando estallan y lo peor es lo que llega después eslabonado.

VII

Chana vivía en un continuo sobresalto y tantas cosas se transformaban en ella, que no sabía por dónde empezar a analizar y escapaba ciertamente de todos y cada uno de los análisis. Pero evidentemente sus sentimientos, su vida, su convivencia que es lo peor, había cambiado.

Contaba veinticuatro años y su madurez espiritual y moral le daba derecho, creía ella al menos, a pensar mucho en sí misma y en todo lo que estaba sucediendo y aún más en los motivos que concurrían para que su vida se pareciera muy poco a la que había vivido hasta entonces.

Pero lo peor no era ella misma, lo más grave del caso es que empezaba a ver a Joaquín como si fuera un inmaduro monigote. Y no, no, que no se pensase lo que no era. No se trataba de su ya confirmada esterilidad. En modo alguno.

Si Joaquín no estuviera tan loco por ser padre, ella hubiera sido feliz a su lado sin hijos. No era de esas personas que se pasaban la vida lamentando su falta de maternidad. Pero es que el entusiasmo de Joaquín manifestado reiteradamente por tener un hijo, que al fin y al cabo fuera por inseminación o fuera por el banco de semen jamás sería suyo, le parecía necio e infantil.

Días antes de emprender el viaje que tenían proyectado hacer a Madrid y para el cual ya contaban con día y hora, Joaquín se había familiarizado con su esterilidad, no le humillaba ya, pero no cesaba de hablar de su futuro hijo y de que se chincharía todo Gijón cuando le vieran pasear con su hijo.

—Da la sensación —le decía Chana a Fran aquella tarde— como si ese hijo que desea, y que por lo visto va a tener, sea el único afán de su vida. Pero también siento la sensación de que no es por el hijo en sí, ni por ser padre, sino por demostrar a su gente que es todo un hombre, y cuanto más hombre quiere parecer —sentía horror tener que decirlo, pero lo estaba diciendo— más crío inmaduro lo veo yo.

Fran empequeñecía los ojos y la miraba por la rendija de sus párpados.

En realidad no comprendía cómo un tipo como Joaquín, que había crecido físicamente, pero que sin duda se quedó intelectualmente en los dieciocho

años, enamoró a una persona tan sensata, tan inteligente y tan madura como Chana.

Él se pasó la vida exprimiendo la existencia y todo el goce y el placer que aquella podía ofrecerle, por lo cual conoció mujeres de todo tipo, pero ninguna como Chana.

No era una reaccionaria jamás, pero tampoco burguesa. Era una intelectual sensible a extremos insospechados y estaba seguro de que Joaquín jamás apreció tales virtudes en su mujer.

—Es como un crío, Chana —le replicaba amable y afectuoso, mordiendo ciertos sentimientos que al nacer por descuido, se iban agrandando peligrosamente—. Pero un crío bueno.

Chana pensaba ya, y lo pensaba firmemente, que era un crío tonto.

Y nadie sabía la rabia que sentía obligándose a darle la razón a Belén, aunque no lo hiciera con los labios.

Es más, aquellos últimos días de agosto, contando ya los que faltaban para irse a Madrid con los dos hombres, cuando Joaquín se le acercaba lo aceptaba por obligación.

Hacer el amor con él era un suplicio.

Y el horror que sentía ante lo que estaba sucediendo dentro de ella la mantenía mustia y muda.

Pero Joaquín no se enteraba de nada.

Joaquín seguía presumiendo de su virilidad, y de que iba a dejar a sus amigos patitiesos con el hijo que iba a traer engendrado de Madrid.

—A ti te pasa algo —le dijo Belén un día a su hermana, dos o tres antes de marcharse a Madrid y cuando Belén la visitó en su casa en ausencia de Joaquín—. Estás a tiempo —añadía—. Si lo de la inseminación artificial no te gusta, no lo hagas. No me digas que porque Joaquín presuma de padre te vas a sacrificar tú.

Lo haría.

Y no ya por Joaquín, que Dios la perdonara. Por tener un hijo de Fran.

¿Qué suponía aquello?

¿Que estaba ella enamorada de Fran?

—Chana, viéndote ahí tan callada y encogida en ese sofá, me pregunto dónde va la confianza que siempre has depositado en mí.

Una cosa era el gran cariño que le tenia a Belén, otra la admiración que despertaba en ella su hermana y otra opuesta confesar sus pecados, porque conociendo a Belén ya sabía la respuesta.

—Cuando murió nuestro padre y nos dejó solas, nos convertimos en dos cuerpos y un alma y casi, casi diría un cerebro. Pero te casaste. Bien sabe Dios que contra mi gusto, pero cada uno tiene que ser libre y autónomo para hacer lo que guste y tú te enamoraste, de modo que yo no tuve más remedio que ceder. Nunca me pareció Joaquín el hombre idóneo para tu madurez. No, no, si no voy a seguir por ahí. De modo que no me mires tan ceñuda, pero una ha de decir lo que piensa y yo soy abrumadora y brutalmente sincera.

—Tú no harás lo de la inseminación —dijo Chana, ahogándose.

—Yo no sé lo que haría. Cuando amas a un hombre… se hacen muchas cosas por él. Pero entiendo que la pareja ha de estar de acuerdo en todo y si Joaquín quiere un hijo y tú pasas de ese hijo, no entiendo por qué has de sacrificarte. Además, el amor no tiene nada que ver con la maternidad. La suerte juega un papel importante y más aún la conformidad. Si la naturaleza dijo no, no estoy de acuerdo en apurarla si no estáis de acuerdo los dos. Pero es que Joaquín eso no te lo pregunta. Es él el que quiere tener el hijo y tú también, pero no así como Joaquín lo tiene que aceptar.

Más tarde, Belén se fue antes de que regresara Joaquín. Belén nunca había tragado a Joaquín y seguía sin tragarlo, por eso iba a visitar a Chana cuando sabía que Joaquín no aparecería.

Pero lo peor no era eso ni mucho menos, lo peor era ella misma, que paulatinamente o de repente, Joaquín, su marido, se estaba escapando de sus sentimientos.

* * *

La víspera de emprender el viaje, Joaquín le decía a su amigo, ambos sentados ante la barra de la cafetería del club de regatas situado al final del Muro, en una esquina del comienzo de la playa de San Lorenzo:

—O soy tonto, y no lo soy —Fran pensaba que lo era mucho, pero escuchó sin parpadear—, diría que Chana ha perdido entusiasmo.

—¿En qué o por qué?

—No lo sé. La siento lejana. Hace el amor como una autómata, se pasa días callada y hasta diría que le aburre mi verborrea.

Tampoco era de extrañar, pensaba Fran.

Al fin y al cabo estaba ocurriendo lo que tenía que haber ocurrido ya. Chana despertaba y veía en su marido lo que jamás dejó de ser. El señorito estúpido, cretino y engreído, sin gota de sentido común y madurez. Era su amigo, pero se daba cuenta de que fue más amigo suyo cuando ninguno de los

dos tenían sentido común, que lo eran a la sazón porque si bien Joaquín se había estacionado en la pubertad, él había madurado sobradamente para juzgar sin prejuicios a los demás.

—De todos modos —seguía conversando solo Joaquín— no me importa. Se le pasará. Está preocupada con el asunto de la inseminación. Lógico. Mo sabe lo que es.

Fran se preguntaba si lo sabría el mismo Joaquín.

Pero fumaba y escuchaba sin parpadear, con cierto cansancio en la mirada.

—Nos instalaremos en un hotel —añadía Joaquín—. En realidad no he pedido reservas, porque en esta época Madrid estará casi desierto.

—Yo tengo un chalecito en la Moraleja —dijo al fin Fran—, de modo que os invito a mi casa. Tengo una persona mayor que me atiende y una asistenta que va por las mañanas. Estaréis mejor en mi casa que en un inhóspito hotel.

—Fenomenal. —Y añadió guiñando un ojo a su amigo—: Madrid tiene muchos alicientes y si vivimos en tu casa, me será más fácil dejar a Chana y pasarlo bien en ciertos sitios.

Era lo que no concebía Fran.

Que teniendo una mujer como Chana, sensata, bonita, joven, atractiva y sensible, aquel animal de Joaquín la dejara para irse a un burdel con mujeres casi siempre asquerosas.

¿Es que Joaquín, con la inmadurez estacionaria, había dejado también la sensibilidad?

Aquella noche, Joaquín se fue solo a su «reunión del sindicato», porque Fran se negó en redondo a acompañarlo. Hacía calor y llevaba muchos días sin caer una gota de agua, lo que en Asturias resultaba extrañísimo y además cargaba un poco el ambiente.

Fran se despidió de Joaquín hacia las diez y se fue a la terraza de una cafetería del paseo de Begoña.

Estaba solo sentado ante una mesa y fumando, tomando de vez en cuando un sorbo de *whisky*.

Fue cuando la vio.

Iba sola.

Vestía un traje sencillo de hilo blanco de falda recta y blaiser, amén de una sencilla camisa roja.

Eran las doce de la noche y salía del teatro Jovellanos entre un montón de gente, que sin duda habían ido a ver a Pepe Rubio y su compañía.

Se levantó.

Lo hizo con premura, y casi estuvo a punto de tirar la silla y la mesa.

—Chana —llamó.

Aquella volvió rápidamente la cabeza.

Y al ver a Fran se quedó como cortada, pero avanzaron el uno hacia el otro.

—Fran —dijo algo aturdida—. No esperaba encontrarte… yo… vengo de ver la compañía de José Rubio. Joaquín se fue a eso de la reunión del sindicato y yo me aburría en casa. Como vivo cerca y como hay tanta gente por la calle en esta época…

—Toma algo conmigo —la invitó él, separando la silla para que se sentara.

Chana dudó, pero se sentó al fin y sacó del bolso negro cajetilla y encendedor.

—¿Qué tomas?

—Un *whisky*. Sí, ¿por qué no?

—Oye, Chana, no sabes cuánto me alegro de encontrarte en terreno neutral —se sentaba enfrente de ella—. Siento la sensación de que no deseas ir a Madrid, de que no aceptas ese hijo… artificial. De que si no apreciaras tanto a Joaquín te negarías en redondo.

Chana encendía un cigarrillo y Fran apreció que sus dedos temblaban imperceptiblemente sujetando el encendedor.

—No sé lo que me pasa —confesó—. No lo sé. Pero noto en mí que soy distinta. Que las cosas para mí han cambiado.

—¿Por Joaquín? ¿Por su esterilidad?

—No, no. Soy yo, y no creo que me conmueva eso de la esterilidad de Joaquín. Cuando me casé con él, no me casé por los hijos que pudiera tener. Eso es una tontería. Si venían bien, y si no venían, pues bueno. Estimo que los designios de Dios hay que aceptarlos como Él los envía. Forzar las cosas parece una estupidez.

—Te noto cansada, Chana, como hastiada y aburrida.

—Algo se me ha roto dentro de mí —confesó, hurtándole la mirada—. Algo muy importante.

Por encima de la mesa, Fran le asió los dedos, eran finos y cuidados, rematados en nacaradas uñas muy cuidadas. Retuvo aquella mano entre la suya y la oprimió íntimamente. Fue cuando se miraron a los ojos y ella apartó los suyos verdes con premura.

Algo le coloreaba las mejillas.

Un tibio y casi imperceptible rubor.

—Chana, me parece que… que… en fin —soltó los dedos femeninos como si le quemaran— que te has equivocado de hombre.

Ya estaba dicho.

Ella parpadeó. Fumó muy aprisa.

El camarero acudía con el *whisky* y Fran pagó, sin dejar de mirar a Chana.

—Es mucho mejor dejar las cosas así —murmuró, llevando el vaso a los labios y después de una forma como jocosa, añadía—: Nunca me gustó este brebaje. Siempre me supo a cucarachas.

Él se echó a reír con entusiasmo desenfadado.

—Si no has probado las cucarachas…

—Claro que no, pero su olor se confunde con el sabor del *whisky*.

Un silencio.

Después…

—Chana, no volveré por Gijón.

—Ya.

—Piénsalo.

—¿Pensarlo?

—Sí, sí. Piénsalo.

—No tengo nada que pensar —se atosigó—. Nada…, no quiero pensar.

—Pero es que en el pensamiento y en el sentimiento no se manda. Estás a tiempo. No solo de dejar eso de la inseminación, sino de romper con todos los esquemas sociales.

Chana se levantó.

—Debo irme.

También Fran se puso en pie con rapidez.

—Te acompaño.

—Fran… —le miraba suplicante—, quédate.

—En modo alguno.

Vestía pantalón azul claro, camisa blanca de manga corta y llevaba atado al cuello un suéter azul oscuro de punto que le caía por la espalda.

Moreno, casi bruñido, con los ojos claros relucientes, su estatura y su corpulencia, pero más que eso su personalidad, confundían a Chana.

VIII

Cruzaron juntos el paseo de Begoña y descendieron por una acera de Fernández Vallín, hacia la plaza del Seis de Agosto para deslizarse hacia Corrida.

Había mucha gente por la calle.

En el mes de agosto en Gijón, y dado que se llena de turistas y forasteros de todo tipo, casi se empalmaba el día con la noche, de modo que ellos dos, entre tanto forastero, pasaban inadvertidos. Tampoco hubieran llamado mucho la atención que estuvieran juntos, dado que nadie desconocía (en su ambiente claro) la amistad que unía a Fran con Joaquín y el lugar donde trabajaba la mujer de Joaquín.

—Hay cosas —decía Fran a media voz, caminando a su lado—, que no hace falta decirlas. Ocurren y… basta.

No bastaba.

Ella estaba luchando contra ellas a brazo partido.

—Chana, tú lo sabes y estoy seguro que te sucede igual.

Lo sabía, sí.

Y le sucedía lo mismo.

Escapar de aquel sentimiento era escapar de la propia vida.

Así que se encontró diciendo con voz tensa:

—Joaquín no merece esto. No lo merece, ¿entiendes? Y no se lo haré.

—No te estoy hablando de una aventura —dijo Fran, marginando el que si Joaquín lo merecía o no, aunque sabiendo que Joaquín merecía eso y más—. Jamás me servirías tú para un pasatiempo. Te estoy hablando de romper con todo, de que te divorcies de Joaquín.

Ella se detuvo.

Sentía en la garganta un nudo impresionante.

—¡Estás loco!

—¿Por qué? Contra los sentimientos no se puede luchar. No se debe luchar. Yo soy hombre libre, de aventuras nuevas cada día. No voy ahora a intentar pasar por santo, porque soy un hombre únicamente y confesador de

mis pecados. Pero soy libre, nada me ata a nada. Sin embargo, esto es muy distinto. Y los dos lo estamos apreciando desde que aparecí…

—No —negó ella, echando a andar de nuevo—. Eso no es cierto.

—Bueno, quizá en ti no fuera desde que yo aparecí, pero sí desde que Joaquín se empeña en que tengas un hijo mío.

—Que será suyo.

—Sí, sí, Chana. Todo lo que Joaquín guste, pero resulta que será mío por muy padre suyo que él diga ser.

—Por favor, cállate.

Llegaban al portal.

La calle Corrida por aquella parte de su iniciación estaba casi solitaria por no ser punto neurálgico de los turistas.

—Subo contigo hasta el rellano —dijo.

—No —le negó Chana con acento ahogado—. Quédate aquí.

—Chana, eres demasiado joven para sacrificar tu vida a la rutina y a la monotonía. Joaquín dio de sí lo que tenía que dar.

—Es tu amigo —se ahogaba.

Avanzaban por el portal que se perdía hacia el ascensor como si formara recovecos.

Se detuvieron allí.

Pegada ella al ascensor y Fran de pie, más alto, mirándola con fijeza.

—Hay amistades que se rompen solas… y se rompen cuando una mujer aparece por medio. Tú te casaste enamorada, Chana. Indudablemente, sí. Dada tu sensibilidad sería absurdo suponer otra cosa. Pero te has desilusionado y no porque se haya confirmado que Joaquín es estéril, que eso nada tiene que ver con su valía… si valiese. Pero tú eres demasiado mujer y Joaquín jamás lo entenderá porque le falta madurez para catalogarte, para juzgarte, para admirarte. Joaquín es un tipo engreído. No malo, ya sé, pero tonto, y se ama tanto a sí mismo que se olvida de amar a los demás.

—Joaquín me ama y para mí no es egoísta.

Fran no dijo lo que pensaba ni lo que sabía, pero sonrió sarcástico.

E hizo una cosa.

Alzó las dos manos y las posó sobre los hombros femeninos que se estremecieron bajo su contacto.

—En Gijón, jamás te atreverás a romper con todo, Chana. Estáis demasiado pegados a los prejuicios, al que dirán… Madrid es demasiado grande… y allí la gente vive a su aire. Te diré de nuevo ese tópico que los humanos nos repetimos cada día o cada segundo que transcurre. Tenemos una

sola vida y si la desperdiciamos, nadie nos va a regalar otra para que la aprovechemos mejor. Algo se ha roto en tu vida. Y no se ha roto porque Joaquín no pueda ser padre ni mucho menos. Se ha roto porque otro sentimiento más fuerte nació en ti. Nació en los dos y lo sabemos perfectamente. Escapar de esa realidad es ya como escapar de nosotros mismos. Y si no somos sinceros y verdaderos con nosotros mismos, mal lo podemos ser con los demás.

—Suelta, Fran, y cállate —decía a media voz.

Es que se ahogaba.

Se daba cuenta de que Fran estaba diciendo lo que ella pensaba desde que empezó todo aquello. Tal vez desde que él apareció en la vida de ambos. De ella y de Joaquín.

No era la fortaleza de Fran ni su auténtica belleza masculina. Ella pasaba de lindezas, sino la forma de ser, su integridad, su fuerza, su personalidad, algo que despertaba nada más toparse sus ojos.

Joaquín era más guapo que Fran, más elegante.

Y, sin embargo…, ella no veía nada positivo en Joaquín. Era como un títere y hasta para acostarse con él aquellos días, le costaba una verdadera angustia.

Fran, súbitamente, la cerró contra sí.

Sintió Chana toda la virilidad de Fran, aquella delicadeza que tenía para cerrarla contra su cuerpo y cuando sintió el calor de su boca buscando la suya, intentó retroceder.

Se pegó más al ascensor.

Pero Fran la besaba ya.

La besaba como jamás en la vida la había besado nadie, ni Joaquín en su mayor exaltación sexual.

Abrió los labios casi sin percatarse y se entregó a aquel beso con desesperación.

Después se separó de él y ocultó la cara entre las manos.

Fran la miraba desde su altura.

—Te pido que lo dejes todo. Que desaparezcas. Una nueva vida, Chana. Distinta, opuesta…

—¡Cállate!

—¿Y qué importa que me calle? Ahora sabemos ya demasiado uno del otro.

Nerviosa apretó el botón del ascensor y casi en seguida arribó aquel.

—Buenas noches, Fran.

—Chana.

—No le haría nada malo a Joaquín por nada del mundo, ¿entiendes? Una cosa es mi sentimiento hacia ti, y otra Joaquín en sí. Es fiel, es bueno, es honrado y no tiene la culpa de ser engreído. Es que no lo educaron bien, pero mi deber, mi deber honesto de esposa… es corresponder a su lealtad, a su fidelidad.

Fran se quedó allí solo, apretando los labios.

¡Su fidelidad! Pero ¿es que Chana estaba ciega? Joaquín no le fue fiel ni a la semana de casados.

* * *

Lo sintió llegar y pensó que había transcurrido casi un día. Seguramente que era muy tarde, pero aún así se sentó en el lecho.

Joaquín andaba a tientas y en pijama.

Al ver a Chana sentada en el ancho lecho parpadeó.

—Chana, pensé que estabas dormida.

¡Así pudiera!

—Joaquín, necesito hablarte.

Joaquín se agitó.

Por nada del mundo quisiera denotar inquietud, pero la sentía. ¿Es que Chana había descubierto sus aventuras nocturnas?

—Verás, es mejor que te sientes.

—Mira, vengo cansado. Tú no sabes lo que es pasarse casi una noche discutiendo sobre los salarios, los convenios y todo ese enjambre de cosas que maldito lo que me interesan. Pero a uno le nombran comité de empresa y…

—No se trata de eso —le cortó ella—, ya sé que estarás cansado por tus preocupaciones laborales, pero hay algo que me inquieta a mí y debo decírtelo.

—Pero…

—Siéntate ahí, Joaquín.

—Te digo…

—¿Qué vienes cansado? Lo sé. Pero yo estoy cansada de pensar. No quiero tener ese hijo.

Joaquín que iba a sentarse, se levantó, quedó rígido.

Hasta su sombra de cansancio se le disipó en el rostro.

—¿Qué dices?

—Que no, que no. ¿Por qué no hemos de quedarnos así? ¿Qué falta nos hace un hijo?

—Oye, tú te has vuelto loca. ¿No entiendes que pensarán que soy un inútil o que tú no eres fértil?

—Pero, Joaquín…

—De ninguna manera. Serás madre y como yo no puedo hacerte, nos ayudará Fran. Es mi mejor amigo y está dispuesto.

Chana se tendió en el lecho con desesperación.

—Tú solo piensas en lo que dirán si no eres padre.

—Bueno, pues sí. Ahora ya es cuestión de amor propio, Chana. Entiéndelo. Tengo que ser padre por encima de todo.

—Pero así…

—¿Por qué no? Te digo y te repito que eso está decidido. Mañana a las ocho, es decir hoy, porque son las… —miró el reloj— las seis… dentro de dos horas nos vamos a Madrid en el auto de Fran. No me dan permiso aún, pero me conceden una semana. Tú te quedas allí y yo vengo, pero será suficiente, porque iré a buscarte y después, al cabo de nueve meses, nacerá mi hijo y nadie tiene por qué saber de dónde ha salido ni cómo ha sido concebido.

De acuerdo.

¿Para qué luchar?

La vanidad de Joaquín era más fuerte que todo.

Y ella se sentía tremendamente cansada.

—Acuéstate —dijo con acento vago—, yo no voy a dormir, de modo que te despertaré dentro de una hora.

—¿Tienes el equipaje listo?

—Sí.

—Pues dentro de una hora me llamas.

—Por última vez, Joaquín.

—Ya está todo discutido. Tendré un hijo y nacerá de ti.

Chana apagó la luz y quedó boca arriba en el lecho.

No durmió.

Pensó un montón de cosas y sintió a la vez como una especie de orgasmo recordando el beso de Fran.

¿Qué iba a ocurrir?

Pues lo que tuviese el destino deparado.

Se iría a Madrid.

Y fueron.

En el auto de Fran a las ocho en punto.

El viaje fue tenso.

Iba sola detrás y como no había dormido, casi dormitó entretanto oía el apagado murmullo de las voces de los dos hombres.

¿Qué era ella allí?

¿Un monigote?

No estaba segura de nada, aunque sí sabía una cosa.

Se iba a Madrid con su marido y su… Fran.

Lo demás, ya se vería.

Hubiera dado algo por tener a Belén allí y poder recostar la cabeza en la firmeza de su hombro y poderle contar toda la angustia que sentía ante una estúpida esclavitud que cada vez aceptaba menos.

IX

Ni en las paradas que hizo el vehículo conducido por Fran, ni durante el viaje, cruzó una sola palabra con Fran.

Ni él lo intentó.

Se diría que ambos se escapaban.

Joaquín, en cambio, no cesaba de hablar y cada frase ponía más de manifiesto su vanidad, su simplicidad, su vaciedad.

A veces, por el espejo retrovisor, veía los ojos de Fran y se sentía menguada.

Huía de su mirada.

Así llegaron a Madrid y se fueron directamente a la Moraleja, donde en una preciosa urbanización tenía Fran ubicado su chalecito.

No era grande ni ostentoso.

Lo bordeaba una valla más bien baja, un jardín cuidado y una verja ancha pintada de verde, por la cual entró el auto de Fran hasta detenerse junto al garaje que formaba parte de la casa, por hallarse en los bajos de la misma.

Hacía un calor sofocante y cuando Chana saltó del vehículo, sintió que un vaho quemante subía por sus piernas.

Una mujer de unos sesenta años, de cabellos grises, vestida de negro con delantalito blanco, salió de la casa y se detuvo en lo alto de la terraza.

Chana vio cómo Fran saltaba de dos en dos las escaleras y abrazaba a aquella señora, diciendo alegremente:

—Hola, Bea, mira quién viene conmigo. Son dos amigos entrañables… Vivirán con nosotros. Esta es Bea, mi mano derecha o mi segunda madre.

Y la apretaba contra sí, mostrándosela a Joaquín y a Chana.

Después, todo fue demasiado precipitado.

La casa, la comida, Bea sirviéndoles sonriente y diligente.

Y ella en el cuarto que la misma Bea les había preparado, contemplando desde la ventana el conjunto de chalecitos ubicados en la urbanización, en medio del cual una piscina azul parecía un recreo divino para los habitantes de la urbanización, pues en ellas andaban chapoteando.

—Tengo aquí la tarjeta —decía Joaquín—, me la dio María y es para la presentación en cierto sanatorio. Iré hoy mismo.

—¿Solo?

—De momento no te necesito a ti. Prepararé todo de forma que se haga cuanto antes.

No lo haría.

Lo tenía tan decidido ya que prefería callárselo y esperar a que Joaquín retornara a Gijón y la dejara a ella allí.

Lo que no dejaba de ser peligroso.

¿Es que Joaquín era ciego o confiaba tanto en su amigo o se consideraba él tan superior que no concebía que su mujer… pudiera serle infiel?

—¿Qué te pasa? No has respondido.

No tenía apenas nada que decir.

Solo podía sentir terror.

Y no por la inseminación a la cual pretendía Joaquín someterla. No, no. Era algo mucho más importante. Era un sentimiento indoblegable que no merecía Joaquín.

La lealtad de Joaquín, su fidelidad, su devoción para con ella.

Joaquín viéndola así, casi paralizada, se le acercó.

Chana vestía un modelo de seda natural rojo.

Camisero, sencillo, pero con una elegancia natural que emanaba de ella y realzaba el vestido.

Intentó abrazarla, pero Chana dio un paso atrás.

—¿Qué te sucede, Chana?

—Estoy cansada y con este calor… —pasaba los dedos por el pelo, alisándolo—. Oye, si no te importa, me acuesto.

—¿Lo hago contigo?

—No, Joaquín, por favor.

—Bueno, bueno —ante su docilidad, Chana se sentía aún más culpable—, tú descansa. Yo iré al centro en el auto de Fran. Quizá me acompañe él.

La besó en la frente y salió presuroso.

Chana cayó en el lecho y cerró los ojos.

Una fatiga súbita le agitaba los senos.

¿Qué iba a suceder?

Una cosa tenía muy clara. No habría inseminación.

No tendría un hijo de Fran.

De cómo iba a arreglarse lo ignoraba aún, pero por lo pronto, daría largas al asunto y transcurrida la semana, al final de la cual Joaquín tendría que

retornar a Gijón.

¿Y por qué tendría que quedarse allí?

No se sentía con fuerzas para escapar de cierta atracción, de cierto sentimiento sosegador que le cortaba la voluntad.

Pero Joaquín no se merecía una infidelidad, y le costara lo que le costara…

Se mantendría fiel.

* * *

Había aire acondicionado en la casa, de modo que cuando Joaquín apareció en el salón respiró a pleno pulmón, pensando que a aquella hora se asaría en el auto de Fran camino del centro.

—¿Dónde anda Fran? —preguntó viendo aparecer a Bea.

—Se ha ido a dar un remojón a la piscina. No tardará en volver.

En efecto. Aún no había él terminado de tomar el coñac cuando apareció Fran en taparrabos, un albornoz corto encima, en chinelas y con las piernas al aire y una toalla enrollada al cuello.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó—. Pensé que te acostarías a dormir la siesta.

Joaquín miró aquí y allí con complicidad.

—Mira, tengo que ir a ese sanatorio. Arreglaré el asunto, sabré cuándo tendrá lugar la inseminación y después… Tú me dejas el auto, ¿no? ¿O tienes que salir?

—No voy a salir, con este calor te asas en Madrid.

—Chana se acostó un rato. Está muy rara, Fran. Pienso que no quiere eso de la inseminación.

—Pues déjala en paz.

—Te digo que he de tener un hijo.

—Si serás terco…

—Pero eso será después. Me refiero a lo de la inseminación. Hoy me voy a buscar a ciertas amigas que tengo por aquí.

Fran le miraba bajo los párpados casi entornados.

—Es decir —murmuraba sin preguntar—, que vendrás a las tantas.

—Pero tú ni pío.

—¿De qué?

—Mira —Joaquín se entusiasmaba como un crío con zapatos nuevos—, he venido a Madrid por temporadas. Conozco gente… sé dónde toparla. Voy

a correrme una juerguecita… Eso tonifica, ¿sabes? Siempre el mismo pastel, empalaga.

Fran se secaba el cabello con la toalla.

—Me dejas el auto, ¿no?

—Claro.

—Cuando baje Chana, la entretienes.

—Y tú de juerga.

—Bueno, una canita al aire…

—Me pregunto, Joaquín, qué diría Chana si conociera tus malas mañas.

—Chana confía en mí.

—Como tú en ella.

—Indudablemente.

—Pero ella es sincera y tú no.

—Fran, no me salgas ahora con tus virtudes.

—No soy virtuoso, pero soy libre.

—A mí no me pesa haberme casado con Chana. Es estupenda, pero… de vez en cuando, cambiar de fresas es interesante.

Se fue.

Fran se quedó pensando en mil cosas diferentes.

Podía ir a ver a Chana y asirla de la mano y llevarla hasta Madrid donde encontraría a Joaquín, y que viera con sus ojos por quién ella renunciaba a la verdadera felicidad y la auténtica pasión.

Pero sería una marranada.

Y no.

Él estaba loco por Chana, pero marrano no era.

Se fue a su cuarto y se dio una ducha helada antes de vestirse.

Puso un pantalón blanco y una camisa azulina.

Calzó playeras y así salió a la terraza.

Se quedó mirando la contigua.

Chana estaba allí.

Aún con su vestido rojo de seda natural y el cabello atado en lo alto de la cabeza con el mismo pelo.

—Chana…

—Hola. Estoy mirando la urbanización.

—¿Quieres darte un baño en la piscina?

—No…, no…

—Joaquín se ha ido en mi auto.

—Lo sé.

Los separaba solo una balaustrada.

—En el salón se está más fresco, Chana.

—Bajaría —dijo ella a media voz, mirándolo suplicante— si no tocamos el tema.

—No hace falta tocar ciertos temas. Están dentro de uno mismo, aunque no se mencionen.

Lo sabía.

—Dormiré algo. Ayer no dormí nada.

—Chana…

—No, por favor.

—Joaquín dice que estás distinta.

¿Y cómo no iba a estarlo?

Es que era distinta.

La mujer que era a la sazón, nada tenía que ver con la que se casó con Joaquín.

—Hasta luego, Fran.

Y se perdió en el interior del cuarto.

Por su parte, Fran retornó al salón y se tendió en un diván.

Daba gusto estar allí.

El aire acondicionado ofrecía una brisa refrescante.

Por los ventanales abiertos se apreciaban las voces que partían del exterior, de críos en la piscina, de padres riñendo, de mujeres en exclamación de júbilo.

Entrecerró los ojos y pensó si se habría quedado dormido, porque oyó algo o quiso oír y alzó los párpados.

Era de día aún.

Y lucía un sol que se iba apagando poco a poco.

Pero Chana estaba allí.

Vestía un modelo sencillo de hilo, de un verde muy tenue.

Calzaba sandalias de medio tacón de tiritas de color negro.

El cabello lo ataba tras la nuca, con esa cola de caballo que aflojaba el pelo aún recogido, modelando el óvalo exótico de su rostro.

Se tiró del diván.

—Pienso que me he dormido —dijo aturdido.

—Es bonito todo esto —comentó ella por toda respuesta, con voz monótona.

X

—¿Quieres un café, un refresco…, algo para tomar?

—No, nada. —Y sin transición—: ¿Tardará mucho Joaquín?

Estuvo a punto de estallar.

—No lo sé —dijo sin embargo.

—Fran…

—Dime.

Se hallaba de espaldas a él.

Y Fran avanzaba con lentitud hasta quedar casi pegado a su espalda.

—No voy a tener ese hijo.

—Querrás decir que no te sometes a la inseminación artificial.

—No.

—Pero Joaquín…

—Dejaré que lo disponga.

—¿Y después? Él se irá. Tú…

—Yo me iré con él.

—¡Chana!

Y la volvía con sus dos manos.

La vio aturdida, enervada.

Confusa.

—Chana…

—Suéltame —le suplicó.

—¿Puedo?

—Por favor…

No podía.

Así que la apretó contra sí.

Notó la tesitura, poco después la blandura.

La besó en plena boca.

Era imposible escapar a aquello.

—Chana…

—No…, no… —tapaba la boca y se separaba de él—, no me perdono faltar así. ¡No me lo perdono! ¿Qué soy yo? ¿Una cualquiera? ¿Y tú? ¿Tú que le robas la mujer a tu mejor amigo?

¡Oh, no! Habría mucho que matizar sobre el particular.

Pero… ¿debía él matizarlo? ¿No sería mejor hablar por teléfono con Belén?

Fue como un ramalazo, como una idea repentina.

Sí, sí…

Belén, pero… ¿conocía Belén la verdadera personalidad de Joaquín?

—Mira —dijo, serenándose y quedando de pie, mientras veía a Chana perderse en la esquina del diván—. Vamos a ser francos los dos. Tengo treinta años y he vivido intensamente. He conocido miles de mujeres y tuve aventuras con ellas. Cientos o miles de aventuras y jamás se me ocurrió casarme con una de ellas. En cambio, esto es distinto. Tan distinto que es opuesto. Cierto que te deseo, ¿existe amor sin deseo? Claro que no, y pobre de la mujer o el hombre que piensen que se aman y no se desean. Te digo esto para matizar mis sentimientos, para que me entiendas mejor. Yo no voy a entrar en si Joaquín esto, Joaquín aquello. Somos amigos. Lo fuimos más que lo somos. No me mires así, ya veo que estás censurando cuanto digo, pero es que no he terminado. Es posible que estés pensando, y de hecho lo estás, que Joaquín es más amigo mío que yo suyo. Puede, no lo voy a discutir. Pero también sé que de no estar tú por medio, mi amistad con Joaquín sería mayor. Mi estimación por él, quiero decir. Pero no le estimo, es decir, mi estimación se basa en un recuerdo de pubertad, de juventud, pero que nada tiene que ver con mi existencia adulta.

—¿Quieres callarte?

—Después. Tu vida no es como antes. Tenías los ojos cerrados. Veías en Joaquín un dios y no te paraste a analizar que para tu madurez Joaquín, con el tiempo, en cuanto se desinflara, se convertiría en un títere. Y eso ha ocurrido. No me digas que deseas continuar en una estúpida rutina que te ofrecerá Joaquín para el resto de tu vida y encima, esto es lo importante aunque tú ahora no lo consideres así, jamás tendrás un hijo en quien consolar la monotonía. Sacrificar tu preciosa vida por algo que no tiene sentido me parece una monstruosidad, una angustiosa esclavitud por nada. Porque darás cuanto tienes y eres, y no recibirás compensación a cambio, de ningún tipo.

Chana se apretaba cada vez más en el sofá. Se daba cuenta que cuanto decía Fran era cierto, pero una cosa se callaba Fran o no lo sabía.

Joaquín, dentro de su complicidad era un hombre honrado, bueno y fiel. Hacerle daño, abandonarlo, romper con todo el pasado era romper con su propia conciencia.

Que nunca más volverían sus sentimientos a Joaquín lo tenía claro. Que jamás en su lecho sería feliz con su marido, también. Que su vida como mujer terminaba en aquel punto, era obvio.

Pero… dejar a Joaquín abandonado no le cabía en la conciencia.

Y lo dijo así.

—Jamás haré daño a Joaquín, jamás lo destrozaré. Joaquín no merece que yo le haga eso.

Fran se mordió los labios.

—Tienes plena confianza en él, Chana —dijo sin preguntar.

—Absoluta. Yo soy un pilar en la vida de Joaquín y sin mí, se desmoronaría.

¡Oh, no!

Joaquín, fuera estéril o no y estaba visto que lo era, sería siempre así. Díscolo, infiel por sistema y los sentimientos para él eran accesorios, fugaces, se aferraba a ellos en ocasiones, y los soltaba cuando le apetecía y, desgraciadamente, aunque no lo creyera así, Chana le apetecía demasiado frecuentemente.

Pero decirlo así era tan duro para él como callarse.

—Aún suponiendo —murmuró con cierto desaliento que no podía evitar — que fuera como tú dices…, no puedes sacrificar el resto de tu vida a una existencia pálida, pasiva y absurda.

—Lo tengo decidido, Fran. Ni tendré un hijo tuyo porque será aferrarme más a un lazo sentimental que deseo y detesto al mismo tiempo, ni dejaré a Joaquín. Pero él tendrá que comprender que no seré madre por ese sistema de inseminación artificial. No tendré el clásico hijo probeta, ¿entiendes?

—Y tu angustiosa esclavitud seguirá impertérrita.

—Junto a Joaquín. Me casé con él y le quiero.

—También yo quiero a Bea —gritó Fran, furioso— y no me acuesto con ella por nada del mundo. ¿Está claro? Una cosa es que aceptes una vida pasiva por resignación y estupidez y otra que tengas que acostarte con un hombre al que no deseas ni amas, y encima deseas y amas a otro.

Chana se levantó y salió del salón a toda prisa.

No quería oírlo.

Tenía miedo oírlo, porque sabía que reflejaba la propia realidad.

Así que subió a su cuarto y se tiró en el lecho.

Hacía mucho tiempo que no lloraba, quizá desde que falleció su padre, pero aquella tarde, tirada sobre el lecho y con la cara entre las manos, sollozaba desesperadamente.

Se fue calmando, estaba cansada y el sueño la podía.

No había dormido la noche anterior, no había dormido apenas durante el viaje y la siesta le había sido imposible, por tanto, allí se quedó dormida no supo cuánto tiempo, pero sí supo que algo la despertó.

Se incorporó, miró en torno. Todo estaba oscuro y solo un rayo de luz entraba por la ventana abierta procedente de un farol del jardín.

Dos golpes sonaron en la puerta y como pudo, a tientas, algo iluminada por la luz del jardín, que entraba por la ventana, se tiró al suelo.

—¿Quién es?

—El señor dice, señora Verdú, si no baja a cenar.

—Sí, sí —aturdida—; sí, ahora.

¿Qué diría Joaquín?

¿Y qué podía ella misma decir ante los dos hombres, su marido, al que estaba obligada y no deseaba, y el hombre al que amaba y deseaba por encima de todo razonamiento?

* * *

Tenía todo el vestido arrugado, así que encendió luces, corrió al baño y miró la hora en su reloj de pulsera.

Las diez.

Oh… Joaquín estaría de vuelta con todo solucionado para irse al día siguiente al sanatorio. Ignoraba aún qué palabras usaría, pero no se quedaría embarazada por inseminación. Eso lo tenía muy claro.

Mientras se desnudaba y se daba una ducha protegiendo el cabello bajo un gorro de goma, pensaba en lo que diría Joaquín y en las palabras que tendría que usar ella para convencerle.

Resultaba horrendo tener que vivir con él el resto de sus días y el solo pensamiento de acostarse en su cama y ser suya, hacer el amor con él, le respingaba.

¿Podía una esposa, habiendo amado a un hombre, repugnarlo tanto?

¿Cómo había ocurrido aquello?

Salió del baño, se frotó y a toda prisa, puso un vestido estampado muy ligero.

Sobre los tacones de tiritas negros, salió de su cuarto, con el pelo recién cepillado y sin pintura en la cara. Estaba algo pálida y, al cruzar ante un espejo situado ante el vestíbulo superior, automáticamente se pellizcó las mejillas.

Cuando perfiló su figura en el umbral del salón solo vio a Fran.

Miró aquí y allí.

—No ha vuelto —dijo Fran a media voz.

—Pero… ¿le habrá ocurrido algo?

—No. Acaba de llamar, por eso he pedido a Bea que te fuera a buscar para comer. Joaquín se ha encontrado con unos amigos y le han comprometido a cenar. Quería venir a buscarte —mintió—, pero… yo le disuadí para que no lo hiciera y añadí que estabas dormida.

—Has dicho eso para quedarte a solas conmigo, ¿verdad?

—Chana, si sabes ya cómo te quiero y respeto, ¿no sería mejor dejar el tema?

—Perdona.

—Vamos a comer y después, si lo prefieres te retiras a tu cuarto, pero, por favor, no te cierres a la reflexión y ve pensando que hay una vida por delante que merece la pena no agotar sin recibir la lógica compensación.

Cenó casi en silencio, poco y de mala gana, después se retiró.

Lo prefería.

Continuar junto a Fran era como un suplicio, porque a su lado no se sentía con fuerzas para mirarlo, callarse y permanecer impávida.

Algo le inflamaba la vida y ya sabía que su existencia en adelante sería una absoluta monotonía.

Sintiéndose ruin y odiosa, deseó en aquel instante de soledad que Joaquín no fuera el hombre que realmente era, sino que pudiera culparlo de infidelidad, de mezquino de los mayores pecados y aberraciones.

Mientras ella se tendía en el lecho desesperada, Fran en el salón, no dejaba de pasear de un lado a otro, hasta que decidió ir a cerrarse al despacho y asir el auricular.

Chana había dormido demasiado por lo que no podía volver a dormir y así oyó el motor del auto de Joaquín o de Fran conducido por su marido y miró la hora.

Las seis de la mañana.

Pero… ¿en qué había Joaquín perdido tanto tiempo? Joaquín entraba ya y al verla despierta, se quedó en el umbral.

—Ah, pero ¿me esperabas?

Claro que no.

Sin embargo, dijo:

—Es que me dormí por la tarde y ahora estaba desvelada. ¿Dónde has estado?

Joaquín cerraba la puerta, se quitaba la chaqueta y empezaba a refunfuñar como si maldijera a sus amigos.

—Esos de Gijón que andaban perdidos por Madrid y me estuvieron dando la lata en un *pub*. Me dormía de sueño. Qué gente. No dejan de conversar de política y de sindicatos y qué sé yo de cuántas cosas más —y yendo al cuarto de baño a ponerse el pijama—. Cariño, pensaba venir, pero… no pude.

—Ya me lo ha dicho Fran…

Joaquín se quedó de nuevo tenso.

Él no había llamado. Pero Fran sabía que no volvería.

—¿Has ido al sanatorio?

—Sí, pero hasta dentro de tres días no se puede hacer nada. Están de vacaciones. Yo tendré que dejarte aquí y tú esperarás.

—Yo me voy contigo.

—Eso sí que no.

—Joaquín, no quiero tener ese hijo.

—¿Qué dices?

—Que no.

—Bueno, ya lo discutiremos, ahora voy a dormir.

Y acostándose en la cama paralela a la suya, apagó la luz.

—Mañana lo discutimos, cariño.

Chana no se durmió. Pensó tanto y tanto, que cuando amaneció, se tiró del lecho y salió del cuarto.

Se topó con Bea que andaba regando las plantas del vestíbulo.

—El señor se ha ido a Madrid —le dijo—. ¿Le preparo el desayuno?

—Me voy a la piscina a darme un baño.

XI

Cuando le pareció que Joaquín ya había dormido lo suficiente, se personó en el cuarto.

Su marido ya estaba vestido y listo para salir.

—Tengo que irme a Madrid —le dijo—, he de ver a esos médicos, que por lo visto no aparecen en el clínico hasta dentro de tres días. Pero tienes que pensar que yo me marcho dentro de cuatro y he de dejarlo todo listo.

—Te dije…

—De eso nada, Chana. No quiero ni oír hablar. Ingresarás dentro de tres días y te dejaré allí instalada cuando me marche yo. No volverás a Gijón entretanto no me aseguren que estás embarazada.

—Joaquín…

—Lo tengo muy claro, Chana —le cortó—, será así, y tiene que ser así.

De acuerdo.

No sería, pero tampoco pensaba discutirlo más. Cuando llegara la hora se iría con su marido de retorno a Gijón.

Así que le permitió irse sin discutir más.

Estuvo por la urbanización dando vueltas y su sorpresa fue mucha cuando al atardecer vio que un auto muy parecido al de Belén, aparcaba junto a la verja.

Y salió Belén del auto.

—Belén —le gritó de lejos.

La hermana agitó la mano, riendo.

—Hola, chica.

—Pero ¿qué haces tú en Madrid?

Chana ya había corrido hacia la ancha verja y la abría.

—Sube al auto y mételo dentro. No lo puedes aparcar ahí, está prohibido.

Belén, tranquilamente, subió al vehículo, hizo una maniobra y deslizó el auto hacia el garaje, dejándolo aparcado allí.

—Belén —decía Chana asombrada—. ¿Qué haces en Madrid?

—Vengo a verte.

—Pero… ¿por qué? No voy a hacer la inseminación.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Y más cosas.

—Pero…

—¿Entramos? ¿No está nadie más que tú?

—Y Bea.

—No sé quién es.

—La mujer que atiende a Fran.

—Pues vamos.

—¿No has traído equipaje?

—Un maletín de aseo, pero déjalo ahí, porque pienso irme tan pronto haga algo que debo hacer.

—Estás rara, ¿no?

—Un poco quizá —miraba en torno—. ¿Es esto de Fran? Pues vive bien. —Y sin permitir que su hermana le respondiera—: Sé lo que sientes por Fran y lo que Fran siente por ti.

—¿Te lo dijo él?

—Entremos.

Chana la miraba desconcertada. Notaba que Belén estaba inquieta, pero a la vez algo muy alegre le bailaba en el fondo de las pupilas. Conocía bien a Belén y sabía ya que su arribo a Madrid no era casual. ¿Fran, aprovechando el odio que Belén le tenía al señorito feudal?

No, no era posible que Fran cayera tan bajo.

Bea aparecía por el vestíbulo y saludó a Belén con un…

—Buenas tardes, el señor me dijo que vendría una señorita y que le preparara alcoba.

—No se preocupe —dijo Belén con una de sus diáfanas y humanas sonrisas—, no vengo a quedarme. Posiblemente retorne esta misma noche y duerma de camino. Tengo una consulta esperando por mí y un servicio en la Seguridad Social…

—Perdón.

Cuando desapareció Bea, Chana se encaró con Belén ya en medio del salón.

—Fran te ha llamado para que me convenzas. Nadie podrá convencerme para que deje a Joaquín.

—Sacrificando tus sentimientos.

—Él no merece que yo le haga una marranada.

—¿Quieres sentarte, Chana? No me gusta gritar, y por favor, tú tampoco me grites. Ah, y no esperes que regrese Fran, no luchará.

—¿Qué dices?

—Vendrá después, cuando yo le llame por teléfono, sé dónde está.

—Es decir, que estás tú aquí porque Fran te dijo que nos amábamos y que yo no abandono a mi marido.

—Sí.

—Qué mezquina es la vida y qué perversidad existe en los seres humanos.

—No te quepa la menor duda.

—¿Piensas que voy a sacrificar a Joaquín? Jamás. Le quiero. No le amo, pero le respeto y le quiero y no le dañaré por nada del mundo, aunque me cueste mi amor. Pero además, ¿sabes lo que te digo?, después de esto menos aún. Todo me resulta odioso y repugnante.

—De acuerdo, siéntate. Deja de exaltarte y de gritar. Yo vengo en son de paz y no intento machacarle a nadie la grupa, sino a aflorar realidades como puños. ¿Está claro? No creo que tú a mí me consideres injusta.

—Con Joaquín, siempre lo has sido.

* * *

Belén lanzó sobre la alterada Chana una de sus miradas apabullantes y Chana calló como por arte de magia.

—Escucha —y la voz de Belén era mesurada y tranquila—, escucha y después suelta por esa boca lo que te venga en gana. Cierto. No soporto al pintamonas de tu marido. Y tengo razones muy especiales que no son, evidentemente, por las cuales estoy aquí. Porque este desprecio es nuevo y despertado por cosas muy diferentes.

—No te entiendo.

—Lo sé. Piensa que lo que voy a decirte pudo decírtelo Fran ya en Gijón, pero no era el caso ni es la forma de ser de Fran. Si Fran me llamó a mí fue para que yo hiciera en Gijón ciertas averiguaciones y de paso supe por qué razón me resultaba repugnante tu marido. ¿Lo vas entendiendo?

—Nada.

—Me lo imagino. Cuando una mujer se emperra en no oír ni ver, ni ve ni oye, pero a mí no me conforma ni la ceguera ni la sordera. De modo que continúo. Yo tenía un concepto de tu marido, un viejo concepto de años ha… Pero por lo visto soy mujer intuitiva, ya que tenía sobrados motivos aunque yo no lo supiera. Y conociéndome, sabes que estoy aquí por razones muy

poderosas. Que tú quieras a Joaquín aunque no lo ames, lo acepto. Que sacrifiques tu vida por él si fuese como tú supones que es, pues también, cada uno es como es y obra según su conciencia. Tú la tienes y lógico que la uses en estos momentos trascendentales de tu vida. Pero sacrificar esa sin razón, no me entra en la cabeza y por eso estoy aquí.

—Belén, hablas en metáfora ¿o qué?

—De momento me estoy yendo un poco en evasivas, pero pronto entraré de lleno en el asunto que me hizo recorrer seis horas de un viaje odioso bajo un calor insoportable. Ayer noche, hacia las once, me llamó Fran. No necesito añadir lo que me dijo porque debes suponerlo. Me pidió que hiciera averiguaciones en ciertos sitios y las hice, con ayuda de mis amiguetes, ayer mismo, porque si lo que Fran me decía era cierto, yo vendría a Madrid hoy. No terminé de hacer esas averiguaciones y solo hasta las doce de hoy no tuve la absoluta confirmación de todo y como además no me gusta jugar con palabras sin fundamento, traigo aquí los justificantes de cuanto voy a decir, por si tienes la curiosidad de echarles una mirada. No, no digas nada aún, repito y sabes que no miento, que aparte de mi desprecio por tu marido, esto es nuevo y añadiré que sorprendente para mí. Sí, sí, muy sorprendente.

Se acomodó mejor en el butacón.

Bea, desde alguna parte, encendía luces.

Las dos hermanas parpadearon al verse iluminadas, pero ni una ni otra desviaron los ojos de sí mismas.

Una de la otra se quiere entender.

—Repito, todo cuanto voy a decirte Fran lo sabía, pero no te lo ha dicho por temor a perderte.

—Y te ha buscado a ti.

—Pues, sí. Soy neutral en este asunto por mucho cariño que te tenga, porque una cosa es la obsesión y otra la realidad. Yo no soy mujer obsesiva. Y no sojuzgo a nadie con mis conceptos. O se es libre o una vive presa en deberes imaginarios toda la vida y estoy en contra de eso y a favor de las libertades personales. No sé si entiendes lo que quiero decir.

—No estoy muy segura, pero sigo esperando una aclaración.

—Antes de meterme de lleno en el asunto que me trajo aquí, he de hacer un inciso. Si Joaquín siendo simple como es, fuera además noble y honrado, yo no estaría aquí por mucho que tú renegaras de ti misma y renunciaras a la felicidad con Fran por seguir la vida monótona y pasiva con tu marido.

—Belén.

—Pero Joaquín no merece tu cariño, ni tu respeto, ni tu consideración y me parece absurdo que sabiéndolo yo, me calle y me quede tranquilamente en mis dos consultas sabiendo que mi hermana está sacrificando lo mejor de su existencia por quien no merece ni siquiera un vaso de agua.

—¡Belén!

—Sí, sí. Piensa lo que gustes pero esa es la realidad, y para mayor abundamiento de cuanto digo y en defensa lógica de quien se la merece, añadiré que Fran sabe cuanto voy a decirte desde un principio, lo cual es francamente loable para un hombre que ama rabiosamente a una mujer.

—La de su amigo.

—Esa ni más ni menos. Pero en cuestiones de amor entre pareja y de felicidad de la misma, la amistad es un remedio muy mal cosido y peor añadido.

—Yo no tengo tanta libertad para juzgar los sentimientos y los deberes.

—Lo sé. Así te casaste con los ojos cerrados. Y sabes, hay un refrán vulgar que dice que la cabra tira al monte. Y que uno no cambia sus costumbres solo por pensar y decidir que las va a cambiar.

—Joaquín…

—Ya me hablarás después de eso.

—No sabes lo que iba a decirte.

—Que no amas a Joaquín, pero que es tu marido y le debes respeto porque es un hombre honrado y que no tiene culpa alguna de ser tonto.

—Belén, le has odiado siempre.

—Odio todo aquello que no sea natural y sincero. Odio cuanto la sociedad miente y cuanto la hipocresía conlleva, y odio a los seres humanos que no son francos consigo mismos, cuanto más con los demás.

—Pero tú y yo somos distintas.

—Solo en cierto modo. Veamos, no puedo perder el tiempo y Fran estará esperando que le llame y luego llegará por ahí tu marido y quiero que sepas a qué atenerte. Tu marido no es jurado de empresa ni pertenece a ningún sindicato. Para ser sindicalista y defender los derechos de sus compañeros hay que ser inteligente y tu marido está en el banco para pegar sellos. No me mires así. Te estoy diciendo la verdad. Y si es hoy, ni siquiera entraría en el banco para pegar sellos, porque hoy sería Comisiones Obreras quien se lo impediría. Esas que dice él defender. Pero cuando tu marido entró en el banco aún funcionaba el dedo, pero de súbito ese quedó sesgado. Pero tampoco eso tiene demasiada importancia. Como él, hay un sinfín de inútiles por montones de empresas bancarias en Gijón y fuera de él. ¿Queda claro? El que tu marido

valga más o menos me tiene sin cuidado y en su día dije ya lo que me parecía sobre el particular. Pero una cosa no soporto y es que se quiera pasar por santo cuando se es un fariseo.

—¡Belén!

—Aquí tienes, certificados de los sindicatos legales y reales, donde el nombre de tu marido no figura para nada. Aquí tienes otros que costaron más dinero, porque las putas cobran y aún por delatar a sus amiguetes no dejan de cobrar, lo cual también me parece lógico. Conoces la dirección, el lugar y lo que se vende dentro, ¿o no?

—Belén…, lo que dice aquí…

—Dice sencilla y llanamente que tu marido te engañaba y que Fran, antes de enamorarse de ti o de ignorar que te amaba, se iba con él. Ese es el hombre por el cual tú ibas a renunciar a la felicidad y encima a someterte a inseminación, cuando puedes tener un hijo tranquilamente con un hombre capaz de concebirlo.

Chana leía aquello y miraba a su hermana, y de nuevo leía.

—Belén…, quieres decir…

—Que ayer mismo tu marido se fue de fulanas. Le va la marcha, chica, pese a que es estéril. Pero ya se sabe que eso, si cabe, para el amor, hasta casi le ayuda a abundamiento sexual.

XII

No lloraba. Tampoco Belén esperaba que lo hiciera.

Tenía los ojos tan abiertos y comprendía tantas cosas que le resultaron incomprensibles cuando sucedieron, que Belén no pudo por menos de sonreír.

—Ya ves, por ese santo varón ibas tú a renunciar al amor, a la felicidad, a ser la esposa de un tipo tan formidable como Fran.

Se levantaba.

—Le voy a llamar.

Y marcaba un número. Habló algo y colgó.

Después miró a su hermana.

—No espero a Fran, ¿sabes? Quiero dormir en El Escorial. Solo vine a despejar el camino, ahora todo te será más fácil.

—Quieres decirme —titubeaba Chana— que desde el principio…

—Sí, siempre. Ya te digo que la cabra tira al monte y que Joaquín sigue pensando que el mundo y el placer es cosa de hombres, y que además con estirar el dedo todo se alcanza. Como antes, vaya… Pues las cosas han cambiado y el que quiera fidelidad, dará fidelidad y el que no respete esa cuestión, ya sabe lo que le cae. Chao, Chana.

—No te vayas.

—¿Quieres que presencie el derrumbamiento de tu lindo marido?

—Estás feliz, Belén.

La médico se puso seria. Casi excesivamente grave.

—No. Si te mereciera, no. ¡Nunca! Pero que te sacrifiques por quien te burló, no lo soporto. Ya ves que yo tenía razón, pero también cabía en lo posible equivocarme. Ya ves, casi hubiera preferido equivocarme para que tú no recibieras esa desilusión.

—Supongo —dijo Chana doblando los documentos— que me iré con Fran esta misma noche.

—Haríais muy bien. Divórciate, cásate cuando puedas y no renuncies nunca a quien te ama y te respeta de verdad. Y encima además te hará madre.

—Para Joaquín tendrá que ser horrible volver a Gijón abandonado. Ya sabes que allí se sabe todo en seguida.

—Pues peor para él. Se lo ha merecido. Yo te conozco y sé que jamás le hubieras dejado si él fuera como tenía el deber de ser. Pero esos señoritos feudales que aún piensan que el dinero lo hace todo, sin tenerlo siquiera, viven de reminiscencias de lo que fueron y no saben que ni siquiera cuando parecían ser, eran. Eso es lo lamentable. Suerte, Chana, y no vaciles.

Chana intentó detenerla, pero Belén a paso elástico se iba hacia el auto, subía y dejaba el recinto agitando una mano.

Aún no había desaparecido el vehículo de Belén en la avenida, cuando por la otra esquina entraba el de Fran.

Saltó a toda prisa.

Y llegó al salón sofocado.

—Chana, si no hacía eso…

Se abrazó a él. Lo necesitaba.

Su apoyo, su calor.

Los dos, emocionados, se apretaron uno contra otro y de repente se buscaron sus bocas.

Ella aún tenía los documentos entre los dedos y colgaban de ellos entretanto pasaba los brazos por el cuello masculino.

—Y tú sabías —decía en un respiro—, y tú sabías…

—Todo. Siempre lo supe. Es decir, cuando retorné a Gijón y lo encontré casado y tú, por casualidad, colocada en la agencia. Piensa, es que yo era soltero, pero… Si además no conocía aquellos pisos. Pero él me llevó y me di cuenta de que entre aquellas mujeres, tu marido era popular…

—Dios mío. ¿Y ayer?

—Pues igual.

—Pero si yo…

—Lo sé, lo sé.

Y volvía a besarla.

—¿Qué hacemos?

—Nada. Es decir, todo, pero sin traumas. Ahora mismo hacemos la maleta, la tuya y la mía, cogemos el auto y nos marchamos a Marbella. Sobre la cama, le dejas esos papeles. No hace falta más.

—¿Y tu amistad con él?

—¿Qué amistad? El amor y la comprensión pueden con la amistad cuando además esa es una farsa, una falacia absurda. Presentarás demanda de

divorcio dentro de un mes y, cuando podamos y la ley nos lo permita, nos casamos.

—Puedo anular.

—No es preciso. Si además ni siquiera el matrimonio es necesario. Cuando dos personas se aman y lo saben ambos, es el mejor y más fiel certificado matrimonial. Todo lo otro son pamplinas sociales a las cuales uno se aferra por rutina. Pero como deseo tener hijos… y tú también, nos casaremos. De momento, ahora mismo nos vamos.

—Es huir. ¿No sería mejor decir cara a cara la verdad?

—Es más humillante para él.

Tenía razón Fran.

Por eso, una hora después, el auto arrancaba y a una hora de camino, se perdieron en un parador de turismo.

Supieron entonces que ni las aventuras de Fran habían significado nada, ni el matrimonio de Chana con Joaquín.

Lo de ellos era distinto.

Era la sensibilidad misma el arrobo, la sublimidad y la pasión.

Y una ternura intima compartida que los hipersensibilizaba de una forma estremecedora.

Entretanto se consumaba el nuevo matrimonio físico de Chana quizá concebía un hijo de Fran a lo natural y sin artificios, placentero y arrebatador al mismo tiempo, Joaquín descendía de un taxi ante la casa de su amigo.

Se quitó la chaqueta porque olía a perfume barato y se lavó los dientes haciendo gárgaras en el baño de la primera planta, con el fin de disipar olores de alcohol en el supuesto de que Chana estuviera despierta.

Así entró en su cuarto.

Todo estaba oscuro.

Por lo cual, pisando de puntillas se fue al baño y al encender la luz vio los lechos intactos.

Dio un brinco.

—Chana —llamó.

Giró la cabeza desconcertado de un lado a otro. ¿No se la estaría dando con queso su amigo?

Hum, pues… los mataría a los dos.

De repente sus ojos tropezaron con unos papeles.

Y los leyó.

Quedó tenso.

Sus ojos de alucinado leían.

¿Fran?

No, mil veces no.

Fran no estaría.

Corrió a la alcoba de Fran para enseñarle aquello.

Vacía.

Se habría ido de juerga. Y Belén seguramente que se hallaba llevando a su hermana a Gijón.

Pues estaba lista Belén si pensaba que pese a todo aquello iba a separarlo de su mujer.

* * *

Belén lo esperaba.

Tenía una intuición especial para ciertas cosas.

Así que cuando oyó el timbrazo, atravesó el pasillo y abrió la puerta.

Joaquín entró como un huracán.

—¿Dónde está mi mujer?

—En Marbella Precisamente acaban de llamarme.

—Tú, tú…

—Eh, cuidado. No me toques. Y no me toques ya por lo que me repugna que lo hagas, sino porque me humilla también que un tipo como tú me roce la ropa. Como supongo que estarás pensando que Chana volverá un día cualquiera, te tranquilizaré. No volverá. Y tendrás en un juzgado de Madrid una demanda de divorcio cualquier día… y añadiré más: no se fue sola. Y aún diré otra cosa y no me mires como si te alucinaras. Tú sabes que eso y más te lo merecías, pero lo que ignoras y te voy a decir yo es que tu mujer ya no te ama Y si no te dejaba por su nuevo amor, era en consideración a tu fidelidad, a tu bondad, a tus buenas costumbres. Y como yo soy tan clara como el cristal de roca me dije: de eso nada. Si tú estás pensando que el simple de tu marido además de simple es bueno, pues te equivocas. Es un tramposo. Es igual que cuando era jovenzuelo y engañaba a las pobres jovencitas con sus encantos. Yo te marqué entonces y fuiste a caer en mi propia familia… No sigas mirándome así. Tampoco te culpo de estéril. Para mí, eso es natural y de la propia naturaleza y a un hombre no se le marca por eso. Pero sí que se le marca por egoísta, por embustero, por traidor, por infiel; eso de tener esposa y querida pasó a la historia, amigo. O se tiene las dos cosas en una o se renuncia a una de ellas, que casi siempre es la esposa…, como en este caso. ¿Que

quién es el hombre? Te estás preguntando. Pues Fran… y la muy tonta renunciaba a él por tu fidelidad y por el aprecio que le tenías.

Había ido cayendo en un sofá.

Y tan hundido lo vio Belén, que hasta sintió un ramalazo de pena.

—Lo siento. Ya sé que fui dura, pero… tú te lo has merecido. Te educaron mal. Pensaste que el mundo te pertenecía porque eras hijo de Fulano de Tal… Lo siento. La vida evoluciona y ahora a la gente afortunadamente se le juzga por lo que vale en sí, no por lo que ha tenido y tiene aún. O se es, o no se es, y ya estás oyendo qué vulgarcilla soy para hacer estas citas tópicas. Pero es la realidad. Tú no eres y como tal has de vivir.

Lo vio levantarse y salir arrastrando los pies.

—Si merecieras a Chana, jamás sería yo quien se interpusiera —decía Belén menos irritada, yendo tras él—. Para poseer algo sincero y verdadero hay que merecerlo, Joaquín y hacer por ello…

Se fue.

Belén, cuando se lo contaba a sus compañeras, lo hacía sin encono.

—Ya me extrañaba a mí que Joaquín cambiara tanto, Belén —decía María.

—Olvidemos el asunto. Mañana, pasado o cualquier día, estallará la bomba y mientras no ocurra otro escándalo en Gijón, ese acaparará la atención de todos y será la comidilla de los clubs y cafeterías.

Y fue así.

Pero Chana estaba en Marbella en aquel instante en la alcoba de un lujoso hotel mirando a Fran que, junto a ella, oía cuanto le contaba Belén por teléfono.

—De acuerdo, Belén. Gracias.

Colgó.

—¿Qué dice?

—Que estalló la bomba.

—Me da pena, Fran…

—Olvídalo Verás qué pronto lo olvidamos los dos. Es como un bingo, ¿sabes? Vas a él y te toca o no te toca… A Joaquín le tocó perder, pero no fuimos nosotros quienes le hicimos resbalar. Se cayó solo y perdió en el bingo.

—Pienso que nunca le amé, Fran —decía, pegándose a él—. No le amé como amo ahora, no.

Lo sabía.

Y además casi lo supo desde que la conoció.

La besaba con lentitud y sus labios se perdían hurgantes en la boca que se abría bajo la suya.

Cuando se cansaran de Marbella retornarían a Madrid y pondrían en marcha el mecanismo de la ley para divorciarse.

—Después nos casaremos y además procuraremos no tener hijos hasta entonces.

—Fran…

—Dime…

—No sé qué iba a decirte.

—Yo, sí.

Y no se dijeron nada. Pero se lo demostraban uno a otro de modo apasionante.

Por la ventana abierta entraba una cálida brisa del anochecer, que se iba purificando con el rocío de la noche que iba cayendo poco a poco.

—¿Salimos?

—No, Fran, no. Prefiero comer en la alcoba. Me siento, me siento…

Sabía cómo se sentía, cómo se sentía él a su vez.



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Récords 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus

novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.


Quiero
un hijo
Corin
Lectulandia